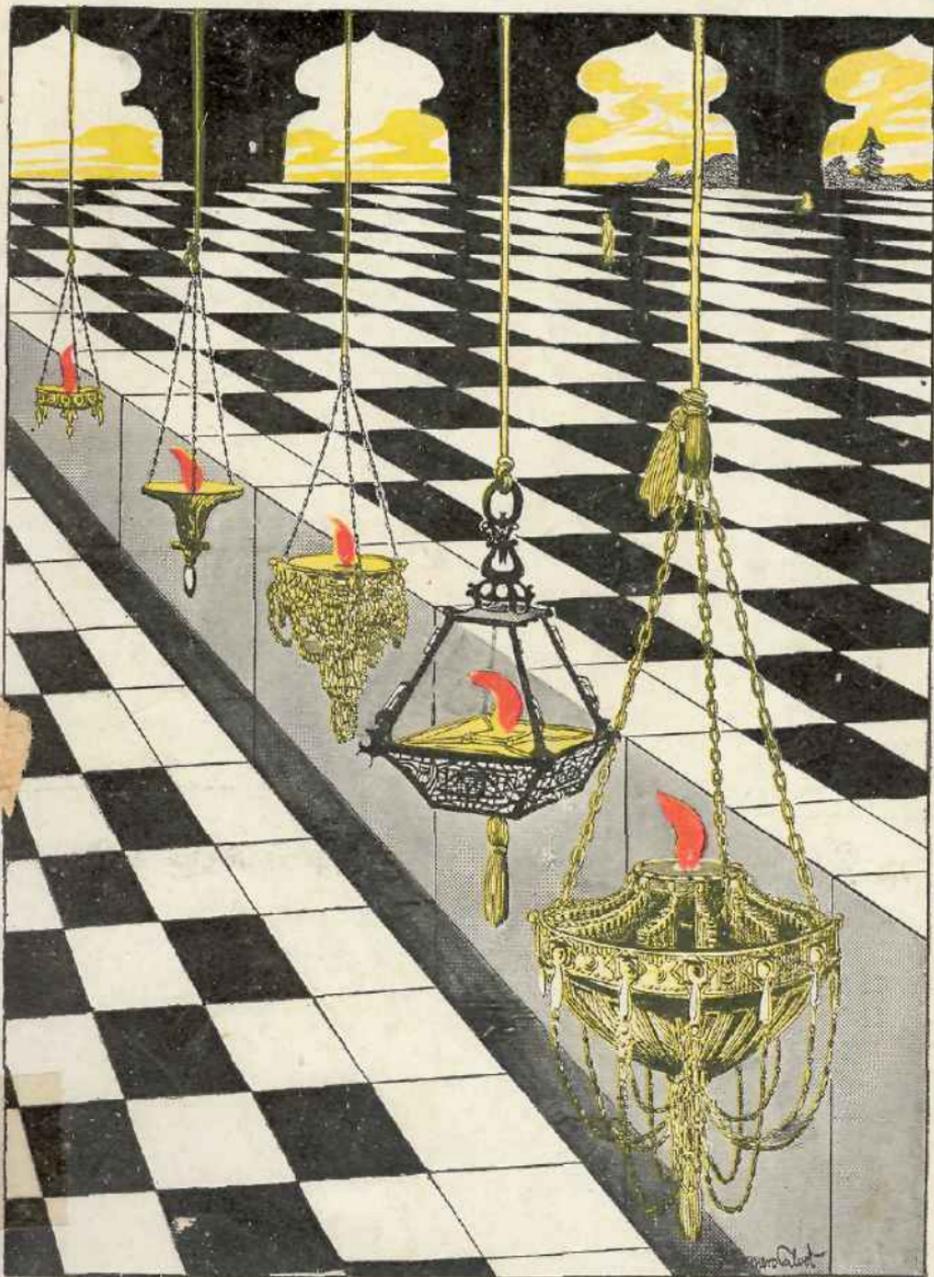


FRANCISCO VILLAESPESA

# MIS MEJORES POESIAS



ESTA OBRA NO  
SE PUESTA

# MIS MEJORES POESIAS

Rafael Sancho Juan  
Abril de 1925

PRINTED IN SPAIN

27



# MIS MEJORES POESIAS

POR

R- 8138 A

FRANCISCO VILLÆSPESA



NUEVA EDICION



BARCELONA

**CASA EDITORIAL MAUCCI**

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 106

9 PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

## INTIMIDADES





## Tu reja

¡Cubierta de flores  
tu reja aun se halla;  
y a través del encaje que forma  
el jazmín que a sus hierros se enlaza,  
tus pupilas, a veces, contemplo  
fulgurar entre flores de plata,  
como dos mariposas azules  
que aletean detrás de las ramas...!

¡Quién pudiera acercarse a sus hierros  
cuando extiende la noche sus alas,  
y a la luz de la luna que alumbrá  
la vetusta quietud de la plaza,  
repetirte las viejas canciones  
que en horas de ensueños temblando escuchabas,  
palpitante el seno  
y fija en mis ojos tu ardiente mirada,  
con la misma atención con que oías  
de tu madre, sentada en la falda,  
esos cuentos de amor con que duerme  
la vejez bondadosa a la infancia...!

Una noche, al ponerse la luna,  
y en sombras envuelta quedar tu ventana,  
ante el Cristo de oro que cuelga  
del collar que ciñe tu cábúnea garganta,  
juramos amarnos en tanto tuviesen  
sangre nuestras venas y fe nuestras almas,  
por la eterna y bendita memoria  
de aquellas dos santas  
que del cementerio, bajo el duro mármol,  
como en lecho de flores descansan...!

¿Qué se hicieron de aquellas promesas...?  
¿Dónde fueron aquellas palabras  
que llevaban en sí la armonía  
del jilguero que trina en las parras,  
de la brisa que agita las flores  
y del mar cuando besa las playas...?

¡Ya de aquellos amores no quedan  
ni la nivea estela que deja la barca;  
ni el rastro de oro que finge en el cielo  
el ave que cruza, la nube que pasa...!

Fué un delirio de amor que envidiosas  
disiparon las luces del alba...  
¡Blanca espuma que el viento deshizo...!  
¡Un copo de nieve que el sol trocó en agua...!

¡Oh, reja moruna,  
que aun cubierta de flores te hallas...!  
¡Cuántas veces, echado en tus hierros,  
sorprendíome la alegre alborada,  
teniendo en mis manos temblando las tuyas,  
y junto a mis labios sus labios de llamas...!

¡Oh, reja bendita,  
no puedo olvidarte...! ¡Te llevo en el alma;

---

pues en ti de mi vida han pasado  
las horas más gratas;  
y a través del encaje que forma  
el jazmín que a tus hierros se enlaza,  
sus pupilas, a veces, contemplo  
fulgarar entre flores de plata,  
como dos mariposas azules  
que aletean detrás de las ramas...!

## Primavera

Lanzan en tus aleros sus canciones  
las aves que del Africa volvieron,  
y cual labios de fuego, se entreabrieron  
los claveles que adornan tus balcones.

¡Tornaron con tu amor mis ilusiones;  
los granados del huerto florecieron,  
y sus flores, que al sol enrojecieron,  
semejan llameantes corazones...!

En tu jardín, del que me alejo en vano,  
te contemplo de flores rodeada,  
símbolo de la alegre Primavera,

con una hermosa tórtola en la mano,  
y una rosa de púrpura enredada  
en tu rubia y flotante cabellera...!

## Invernal

Por el cielo sus alas vagarosas  
la luz crepuscular ha desplegado;  
tiembla la nieve sobre el mustio prado,  
como lluvia de blancas mariposas...

Van al nido las aves presurosas;  
regresa a los establos el ganado;  
y del rosal en tu balcón plantado,  
deshoja el viento las marchitas rosas.

Mas pronto la fecunda Primavera,  
convirtiendo la nieve en manantiales,  
esmaltará de flores la pradera...

¡Y yo entonces, ausente de tu lado,  
recordaré estas tardes invernales,  
cual recuerda su patria el desterrado!

## Amorosa

Como Ofelia, de flores coronada,  
desnudo el seno que de amor palpita,  
acudes impaciente a nuestra cita,  
en blanco chal de encaje mal velada.

Por los hombros tu trenza despeinada  
lleva de oro sobre nieve imita,  
y a que te adore hasta morir me invita  
el fuego abrasador de tu mirada.

De muerte herido y de luchar cansado,  
me rendí en la mitad de mi sendero,  
mucho más que vencido, fatigado...

¡Es inútil lidiar contra la suerte...!  
¡Sé que he de sucumbir, y sólo quiero  
entre tus brazos esperar la muerte!

## Ocaso

Asómate al balcón; cesa en tus bromas,  
y la tristeza de la tarde siente.  
El sol, al expirar en Occidente,  
de rojo tiñe las vecinas lomas.

El jardín nos regala sus aromas;  
mece el aire las hojas suavemente,  
y en las blancas espumas del torrente  
remojan su plumaje las palomas.

Al ver con qué tristeza en la llanura  
amortigua la luz su refulgencia,  
mi corazón se llena de amargura...

¡Quizá el amor que en nuestros pechos arde,  
apagarse veremos en la ausencia,  
como ese sol en brazos de la tarde...!

## Celos

Al saber la verdad de tu perjurio,  
loco de celos, penetré en tu cuarto...

Dormías inocente como un ángel,  
con los rubios cabellos destrenzados,  
enlazadas las manos sobre el pecho  
y entreabiertos los labios...

Me aproximé a tu lecho, y de repente  
oprimí tu garganta entre mis manos...  
Despertaste... Miráronme tus ojos...  
¡Y quedé deslumbrado,  
igual que un ciego que de pronto viese  
brillar del sol los luminosos rayos...!

¡Y en vez de estrangularte, con mis besos  
volví a cerrar el oro de tus párpados!

### La última cita

—¿Me olvidarás?—te dije, entre mis manos estrechando tus manos delicadas...

—¡Jamás!—me respondiste, en mis pupilas clavando tus pupilas de esmeralda, en donde, suspendidas entre el oro que esmalta tus pestañas, cual perlas de irisados resplandores, temblorosas veíanse dos lágrimas...

¡Lágrimas que mis labios apuraron en un hondo silencio de nostalgias, antes de que, cual gotas de rocío, rodasen a las flores de tu cara!

Reclinaste en mi seno tu cabeza; tus brazos rodearon mi garganta; se unieron nuestros labios, cual se juntan las flores a los besos de las auras; ¡y así unidos, lloramos largo tiempo, porque el placer también tiene sus lágrimas!

Tenue rayo de luna, penetrando  
a través del rosal de tu ventana,  
alumbró con su plata melancólica  
la perfumada estancia;  
¡y a lo lejos, turbando de la calle  
el silencio, escuchóse una guitarra,  
cuyas lánguidas notas trajo el viento  
entre sus tibias y olorosas ráfagas,  
semejantes al ruido de las olas  
cuando besan la arena de las playas...!

## Báquica

A MIGUEL SAWA

¡Brindad, chocando las doradas copas,  
por la madre común Naturaleza,  
que en los brillantes átomos del vino  
todos los goces de la vida encierra!

¡Coronadas de pámpanos las sienes,  
a compás de la alegre pandereta,  
hagamos renacer con su bullicio  
las bacanales de la antigua Grecia!

En estantes que brillan como el oro,  
colocadas en fila, las botellas,  
a apurar nos invitan sus licores,  
que al bañar los cerebros donde llegan,  
hacen surgir paisajes y episodios,  
fragor de luchas y tronar de fiestas!

¡Málaga nos dará sus dulces vinos,  
ardientes cual su sol y cual sus hembras,

*Mis mejores poesías.*—2

que esparcen de sus playas la alegría  
y de sus ricas flores las esencias!

¡Sanlúcar su olorosa manzanilla,  
que huele a mejorana y allucema;  
y nos recuerda zambras y cantares  
al son de melancólicas vihuelas;  
de la lidia el brillante panorama,  
y de Sevilla las lujosas ferias!

¡Jerez su rico caldo generoso,  
dorado como el trigo de sus eras,  
que hace soñar con árabes palacios,  
rostros morenos y floridas rejas,  
donde a la luna pálida, los novios  
las nimiedades de su amor se cuentan!

¡También Champaña verterá entre espumas  
su cristalino néctar,  
que semeja, al caer sobre las copas,  
brillante lluvia de azogadas perlas!

¡El Rhin hará soñar con cielos grises,  
con catedrales que hasta el cielo llegan,  
castillos de vetustas tradiciones,  
y vírgenes de rubia cabellera!

¡A través del Falerno, admiraremos  
los célebres canales de Venecia,  
de Nápoles el golfo transparente,  
donde el Vesubio su fulgor refleja;  
de Roma antigua las sagradas ruinas,  
y las joyas y templos de Florencia!

¡Chipre nos mostrará las verdes islas  
que surgen de los mares, cual nereidas

coronadas de flores, y de Venus  
evocará las lujuriosas fiestas...!

¡La historia entera de la especie humana,  
encerrada se encuentra en las botellas!

¡El amor es mentira...! ¡Es la nostalgia  
del alma errante que en lo eterno sueña...!

¿Justicia? ¿Religión...? ¡Monstruos horribles  
que el despotismo y la ignorancia engendran...!  
¡Vallas donde los débiles se acogen,  
porque para luchar no tienen fuerzas!  
¿La gloria...? ¡Anhelos de las almas...! ¡Humo,  
que más se pierde cuanto más se eleva!

¡Hoy sólo la Verdad, como en un trono,  
sobre el mundo se sienta,  
y en sus fulgores nuestras ansias mueren,  
cual mariposas que en la luz se queman!

¡De mitos despojó las religiones;  
de Dios los templos, y en las aras viejas,  
sólo como antigualla del Museo,  
Cristo clavado en el madero queda!

¡Los que sentís las náuseas del hastío;  
los que dejasteis en la abrupta senda,  
ensueños e ilusiones, cual corderos  
que entre las zarzas sus vellones dejan;  
almas por la desgracia combatidas;  
filósofos sin fe; tristes poetas,  
cantores del dolor, que en débil cuerpo  
arrastráis, como un fardo, el alma muerta!  
¡Bebed, porque es el vino la alegría...!  
¡La única religión que hay en la tierra!

---

¡El prestará vigor a los sentidos,  
y nueva sangre a las exhaustas venas!

¡Brindad por ese coro de hermosuras,  
de labios de coral y ojos de estrellas,  
que entre sus brazos nuestra dicha ahogaron,  
como ahoga a los árboles la hiedra!

¡Brindad por ese mundo de injusticias  
que a nuestras plantas, desquiciado rueda...!  
¡Por el ansia imposible...! ¡Por el vuelo  
que hasta la luz a los insectos lleva...!

Y cuando entre sus brazos vaporosos  
la embriaguez nos envuelva,  
¡hundamos un puñal en nuestros pechos,  
para que nunca despertemos de ella!

## FLORES DE ALMENDRO



## Preludio

El jardín está triste y silencioso;  
sin flor la acacia y los rosales secos...  
Tan sólo en las desnudas arboledas  
se agitan florecientes los almendros...

¡Qué flores tan efímeras...! Su vida  
es la vida fugaz de nuestros sueños...  
¡Tienen la palidez de tu semblante,  
y la tristeza de tus ojos negros!

¡Ciñe con ellas tu nevada frente,  
y ven a ser la musa de mi Invierno...!  
¡Dichosas flores, que al caer marchitas  
perfumarán de sombra tus cabellos!

## La seguidilla

¡Bajo la fresca sombra de verde parra,  
la seguidilla, abeja de oro, vuela,  
mientras las somnolencias de la guitarra  
turba con sus repiques la castañuela!

Con sus rítmicas alas vaga traviesa,  
como boso de fuego, de boca en boca,  
y en sus notas dolientes la pena expresa  
del alma de una raza de amores loca.

Nos recuerda gitanas enamoradas,  
de labios llameantes como claveles,  
de pupilas siniestras, negras miradas;  
morenas, sensuales, tristes y fieles.

Llora penas sin nombre, ensueños vanos,  
celos, ansias, caricias... ¡Tristes amores

---

de vírgenes difuntas, en cruz las manos,  
sobre ataúdes blancos llenos de flores!

Evoca alegres fiestas: revuela el toro  
tras las flotantes capas ensangrentadas...  
Canta rejas floridas, vinos de oro,  
nocturnas serenatas y puñaladas...

¡Esparce en las verbenas lírico encanto  
con las alegres notas de su alborozo;  
y enronquece de angustia, ciega de llanto,  
al surgir de las rejas de un calabozo...!

¡Bajo la fresca sombra de verde parra,  
la seguidilla, abeja de oro, vuela,  
mientras las somnolencias de la guitarra  
turba con sus repiques la castañuela!



## RECUERDOS



### Nocturno de ciudad

Las calles están húmedas. Las nieblas emborronan los viejos edificios.

Sólo brillan, a trechos, los temblores de alguna luz tras empañados vidrios, evocando interiores familiares: tertulias del hogar; rostros de niños

que, sonrientes en la tibia falda de la madre, que cose, se han dormido; moribundos que cierran para siempre los turbios ojos que a la muerte han visto; amantes que esperando sus amores alzan con mano trémula el visillo; pálidas frentes de encrespadas greñas que luchan por dar forma a sus delirios...

¡Todo lo que la lámpara ilumina con sus vagos reflejos pensativos!

Aulla un perro. En el quicio de una puerta los amantes se besan, escondidos;

---

y las manos voraces se acarician  
bajo los mantos, con temblor lascivo.

Las linternas de un rauda carruaje  
relucen en el negro laberinto  
de las calles desiertas. Una música  
metálica de sones de organillo,  
entona melancólica, a lo lejos,  
canallescás canciones. En el frío  
atrio del templo extienden, suplicantes,  
sus manos pegajosas los mendigos.

Torvas sombras acechan nuestros pasos,  
tras la esquina. Se apagan los sonidos  
de la macabra música en la noche,  
mientras las hijas pálidas del vicio,  
surgiendo de los negros soportales,  
de algún viejo farol al turbio brillo,  
nos detienen risueñas, y nos hablan  
con equívocas frases al oído...

### Bajo el naranjo del patio

Bajo el verde naranjo que sombrea  
el viejo mármol de la fuente arábica,  
¡con qué avidez, tu nivea dentadura  
la miel de una naranja devoraba!

El zumo por los labios te corría  
como sangre de oro... ¡Yo temblaba,  
como si el corazón se desgarrase,  
desangrándose, igual que esa naranja  
que las blancas crueldades de tus dientes  
con la dulzura de sus mieles paga!



## JARAMAGOS

*Mis mejores poesías. — 3*



## Jaramagos

### I

¡Ni una cruz en mi fosa...! En el olvido  
del viejo camposanto,  
donde no tengo ni un amigo muerto,  
bajo la tierra gris, sueñan mis labios;  
¡y de sus sueños silenciosos, brotan  
amarillos y tristes jaramagos!

Si alguna vez hasta mi tumba llegas,  
lleva esas pobres flores a tus labios...  
¡Respirarás mi alma...! ¡Son los besos  
que yo soñaba darte y no te he dado!

### II

Alguna noche llamaré a tus puertas,  
e inmóvil quedarás cuando las abras,  
al verme entrar más pálido que un muerto,  
con la lívida faz ensangrentada...

Y huirás de mí... ¡Y tornaré de nuevo  
a perderme en las sombras de la Nada,  
sin decirte mis labios, en un beso,  
todo cuanto en la vida te callaran!

## III

¡Ya pronto moriré! Tiembla en mi pecho  
como agónica lámpara la vida.

¡Cuando mi cuerpo rígido se hiele  
y se vidrie el cristal de mis pupilas,  
cubre mi rostro con aquel pañuelo,  
blanco sudario de pasadas dichas,  
que enjugó tantas veces nuestras lágrimas  
en la noche fatal de mi partida!

¡En el verde sendero que sombrean  
acacias y magnolias florecidas,  
bajo el doliente sauce solitario,  
donde a alegrar mi corazón venías,  
cava una tumba; y planta sobre ella,  
entrelazado con su cruz bendita,  
aquel rosal de cálices de nieve  
que perfumó nuestras nocturnas citas!

## IV

Al partir, ¡con qué tristeza  
nuestros ojos se miraron...!  
Un beso estalló en tu boca;  
un beso brotó en mis labios...

Tendieron el vuelo juntos,  
y en el aire se encontraron...

Volaban las golondrinas  
en la gloria del ocaso;  
y en un suspiro de amores,  
sobre la quietud del lago,  
dos cisnes agonizaban  
con los cuellos enlazados!

## V

¡Por la carretera arriba,  
toda vestida de blanco,  
con una cruz sobre el pecho  
y una palma entre las manos,  
se llevaron a mi novia,  
camino del camposanto!

Sobre su tumba olvidada  
negra cruz abre los brazos;  
¡negra cruz que de encendidas  
campanillas viste Mayo...!

Cuando mis viejos amores  
me llevan al camposanto,  
llenos los ojos de lágrimas,  
a la negra cruz me abrazo,

y lloro las oraciones  
que en mi niñez me enseñaron...

¡Bendita, bendita seas,  
negra cruz del camposanto!

## VI

En el claro y transparente  
cristal de la vieja copa,

escancia un vino de ensueño  
una mano misteriosa,

y se lo ofrece al poeta,  
que solitario, en la sombra,  
con la frente entre las manos,  
un amor sin nombre llora.

El vino tiene el olvido  
de esa santa flor exótica  
que abre sus hojas de nieve  
sobre el oro de las ondas  
que reflejan los inmóviles  
palmares de las pagodas...

Las vírgenes que de noche  
su labio en el vino mojan,  
despiertan más pensativas,  
más pálidas y ojerosas...

Y el poeta que lo bebe,  
canta piadosas estrofas  
de esperanza y de consuelo...

¡ Blanca mano misteriosa,  
acerca a los labios míos  
el olvido de tu copa!

## VII

La Luna es el rostro lívido  
de una virgen; las estrellas  
son los cirios que iluminan  
las funerarias tinieblas,  
y el cielo la azul mortaja  
en que se envuelve la muerta.

¡La luz de la Luna finge  
cuando moribunda tiembla,  
la mirada de unos ojos  
que para siempre se cierran...!

## VIII

¡Las manos que me acaricien  
y los labios que me besen,  
quiero que tengan el fuego  
devorador de la fiebre,  
la vaguedad de la Luna,  
y las tristes palideces  
de las manos y los labios  
inmóviles de la Muerte...!

¡Párpados que yo besé  
se cerraron para siempre...!  
Ojos que nunca he besado,  
¡pedid a Dios que os bese!

## IX

El sol es de brasa  
y el aire de fuego...

Ráfagas de asfixia respira la tierra,  
como un horno ardiendo...

No se escucha un pájaro;  
no se siente un eco...

Se cierran los ojos... ¡El campo desnudo  
parece un desierto!

Fuentecita clara,  
¡dame de tus aguas, que de sed me muero...!

¡Sé para mis labios igual que la lluvia  
para el campo seco...!

¡Que Dios té bendiga...!  
¡Que siempre a tu espejo  
se asomen a verse, las más rutilantes  
estrellas del cielo,  
porque con la plata de tus frescas aguas  
apagaste la sed del viajero!

## X

Como todo, un libro  
la vida retrata...

Nace, vive y muere... ¡Puede decir mucho,  
y no decir nada...!

Como todos, éste  
para nadie y para  
todos, está escrito...  
¡Pero a mí me basta  
con que lo comenten tus negras pupilas  
con la santa piedad de una lágrima!

Como todo, es sólo  
ráfaga de polvo que en el viento pasa...  
¡Tal vez lleve alguna sangre de mis venas...!  
¡Tal vez lleve algunos jirones del alma!

## **SENSITIVAS**



## Sensitivas

A JOSÉ L. FERNÁNDEZ

### PROLOGO

El vaho de un aliento  
que flota en la brisa,  
dura más que vosotras, ¡oh, pobres  
esperanzas mías!

Sois raudas y frágiles  
como sensitivas,  
que al más leve roce  
sucumben marchitas!

Castillos de naipes  
que un soplo los tira;  
¡joyeles de espuma  
que el viento disipa!

¡Qué poco durasteis,  
esperanzas mías!

## I

Es una antigua costumbre  
que guarda piadoso el pueblo,  
la de poner una cruz  
en donde descansa un muerto.  
Con tu desdén enterraste  
mis amores en tu pecho..  
¡Y ni una cruz como ofrenda  
sobre su sepulcro has puesto!

## II

En vez de esos mausoleos  
que la vanidad levanta,  
una cruz y un sauce quiero  
que sobre mi tumba haya..  
¡Una cruz que simbolice  
la que en el mundo llevara,  
y un sauce que triste copie  
con su ramaje, mis lágrimas!

## III

¡Detén tu nave, marino,  
y vuelve otra vez al puerto,  
que hay mar de fondo, y se cubre  
de nubes el firmamento...!  
¡Para tu vuelo, cariño,  
y torna al alma de nuevo,  
que hay en la mujer que anhelas  
aun más nubes que en el cielo...!

## IV

Lloras, lloras sin consuelo,  
porque el invierno secó

con sus heladas, las flores  
que adornaban tu balcón...  
¡Y, sin embargo, te ríes  
de aquel pobre corazón,  
a quien la eterna nevada  
de tu desdén marchitó!

## V

Grabé tu nombre en el árbol  
en un vértigo de amor,  
y lo grabé tan profundo,  
que hasta el árbol se secó.  
Me toco al pecho, y no siento  
latir a mi corazón...  
¡Quién sabe si, igual al árbol,  
lo habrá secado tu amor...!

## VI

Ella cuidaba las rosas  
al llegar la Primavera.  
Hoy, aunque Mayo ha llegado,  
no hay ninguna rosa abierta...  
¡Las manos que las cuidaban,  
ahora pálidas y yertas,  
cruzadas sobre su pecho,  
se pudren bajo la tierra!

## VII

¡Feliz aquel desdichado  
que para ahogar su dolor,  
aun tiene llanto en los ojos  
y gemidos en la voz...!  
¡Y triste del que camina  
igual que camino yo,

---

con la sonrisa en los labios  
y el llanto en el corazón!

## VIII

Buscando albergue, llamaron  
tus amores a mi pecho,  
y una voz les contestó:  
—¡Dejad en paz a los muertos!  
—¡Dejad en paz a los muertos!  
—dijeron; y temblé yo,  
¡al ver que la voz salía  
de mi propio corazón!

## LUCHAS



## La canción de mi Musa

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Yo soy de ese tropel de ruiseñores,  
que en el dolor sus cánticos inspira;  
¡rosal florido, de los vientos lira,  
que a los golpes del hacha, sangra flores!

Mi corazón, que hirieron los amores,  
aun cuando herido está, de amor delira;  
¡cántabro heroico que en la cruz expira,  
dando al aire sus himnos triunfadores!

Mi libro es áureo estuche cincelado,  
donde encierro los cingulos de abrojos  
que me ceñeron mis profundas penas...

¡Copa de oro y rubí, donde he escanciado  
las lágrimas ardientes de mis ojos  
y la pródiga sangre de mis venas!

*Mis mejores poesías.*—4

## El camino

A MIGUEL EDUARDO PARDO

Empapada en sangre,  
de abrojos cubierta,  
bordeando abismos,  
poblada de fieras,  
de cuyas pupilas  
las fosforescencias  
como fuegos fatuos  
en las sombras tiemblan,  
por el monte arriba, como una serpiente,  
se desliza fantástica senda.

La noche sus alas  
de sombras perpetuas,  
cual negro sudario  
tendió sobre ella.

Los vientos la azotan;  
la escarcha la hiela;  
y sólo la alumbran rojizos relámpagos,  
cuyas luces brillan entre las tinieblas,  
cual hoscas miradas  
que despiden pupilas siniestras.

Cataratas de sangre y de llanto,  
de las altas cimas despeñadas ruedan,  
con roncros rumores de agónicos ayes,  
hambrientos aullidos y horribles blasfemias.

Simbólicas cruces  
en la sombra elevan  
sus abiertos brazos,  
a los cielos pidiendo clemencia;  
y azotando el aire  
con sus alas negras,  
en torno, los cuervos, graznando gozosos,  
en bandadas fatídicas vuelan.

Entre los clamores de la lucha, cantos,  
carcajadas y besos resuenan...

Son las hadas madrinas del vicio,  
las hermosas y ardientes sirenas,  
que cual meretrices, en la sombra ocultas,  
al viajero acechan;  
y le brindan reposo en el lecho,  
donde la bacante, desnuda y espléndida,  
en los brazos lascivos del sátiro,  
en espasmo sensual se revuelca,  
hasta que rendida, jadeante, al beso  
del goce saciado, los párpados cierra...

## II

Empapada en llanto,  
de abrojos cubierta,  
llena de cadáveres,  
poblada de fieras,  
por el monte arriba, como una serpiente,  
se desliza fantástica senda.

Un débil viajero,  
con trémulos pasos, camina por ella.

Los vientos le azotan;  
le rondan los cuervos, la escarcha le hiela,  
y sus ilusiones y sus esperanzas,  
todo lo que al alma nostálgica alegra,  
en sangrientos y rojos jirones,  
para siempre deja,  
de abrupto camino en las zarzas,  
o en los brazos de ingratas sirenas...  
Pero ni la ronca tempestad le asusta,  
ni le espanta el rugir de las fieras...

Y orgulloso, altivo,  
cubierto de sangre, con la faz serena,  
sin temor asciende,  
lanzando a los aires la canción eterna...  
¡Porque ha visto brillar en la cumbre  
el fulgor inmortal de una estrella!

¡Ese débil viajero es mi alma,  
y esa senda tan triste es mi senda!

## Pasionaria

A RUBÉN DARÍO

Con la cruz a cuestas  
como un Nazareno,  
subí la pendiente... Con groseras burlas  
me insultaba el pueblo.

¡Pero yo, impasible,  
segui mi sendero,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

Mi mejor amigo,  
nuevo Cirineo,  
en vez de ayudarme, riéndose hipócrita,  
on mi cruz apoyaba su cuerpo.

Un coro de hermosas y púdicas vírgenes,  
vestidas de blanco, flotante el cabello,  
nuevos Judas, besaron mi rostro;  
y de pálidas rosas ciñeron  
mi soberbia frente, rígida y helada  
como la de un muerto!

Mas las rosas espinas tenían  
las espinas, mis sienes hirieron;  
y la sangre regó mi camino,  
por mi faz, gota a gota, corriendo...

Rióse la plebe;  
las blancas deidades también se rieron;  
y entre lluvias de piedras y dardos,  
con mi cruz al hombro rodé por el suelo.

¡Pero me alcé altivo,  
y mi larga senda recorrí de nuevo,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

## II

La tarde moria;  
el sol ocultaba sus tristes reflejos;  
y legiones de nubes siniestras  
el aire cruzaban con tímido vuelo,  
cual tropel fantástico  
de gigantes y lúgubres cuervos.

¿Abajo...? ¡La plebe, sedienta de sangre!  
¿Arriba...? La Sombra... La Nada... El Misterio  
con el índice puesto en los labios,  
imponiendo a las almas silencio!

Cansado y sin fuerzas,  
de sudor y de sangre cubierto,  
ascendí hasta la cumbre del monte.

Mis verdugos llagaron mi cuerpo...  
De la befa en la cruz me clavarón,  
¡y en aplausos las turbas rompieron!

.....

De dolor heridos  
temblaron mis huesos...  
Doblé la cabeza, se nubló mi vista  
y lloré un momento...

¡Pero en un arranque de soberbia, el alma  
enjugó mis ojos, y quedé de nuevo,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

### III

Tuve sed... ¡Mis lágrimas  
a beber me dieron...!

¡Su lanza la envidia  
sepultó en mi cuerpo!

.....

La noche avanzaba... Bramó la tormenta;  
rugieron los truenos;  
y a mi frente altiva le ciñó el relámpago  
su brillante aureola de fuego.

Se alejaron, cantando, las turbas;  
estertor de muerte recorrió mi cuerpo,  
y expiró mi alma,  
igual que expiraron los titanes griegos,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

## IV

La piedad de un rayo,  
con su cris de fuego,  
de la cruz bendita  
descolgó mi cuerpo...

Obscuro sudario me prestó la sombra,  
sepultura el abismo en su seno;  
y en los negros brazos de la noche eterna  
descendí a la mansión de los muertos,  
con la risa del héroe en los labios  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

## V

A extraños impulsos  
me alcé de mi tumba... ¡Salté de mi lecho...!

En las cumbres brillaba la aurora;  
y sus rayos dorados y trémulos,  
penetrando a través de mis rejas,  
mi cuarto inundaban en olas de fuego.

Cantaba la alondra  
sobre los floridos rosales del huerto.

.....  
Abrí los balcones, y la pasionaria  
prendida a sus hierros,  
tembló, derramando  
de sus blancos capullos abiertos,  
áurea lluvia de perlas o lágrimas.  
.....

¡Evoqué el pasado, recordé mi sueño;  
y quedé un instante  
del balcón apoyado en los hierros,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!



## SONETOS



### ¡Semper!

Sobre el carro de luz de la victoria  
envuelta en regia púrpura, te miro  
cruzar en raudos y deslumbrante giro,  
por el bélico campo de mi historia.

Tú eres mi dios; tu altar es mi memoria;  
¡ante él, de hinojos, sin cesar deliro!,  
y son mis versos, si en tu amor me inspito,  
áureas campanas repicando a gloria!

Como en tu sér mi inspiración se encierra,  
no temas al olvido. Altiva goza  
el perenne verdor de tus laureles...

¡Que eternamente cruzarás la tierra,  
mi corazón llevando por carroza,  
y mis fogosos versos por corceles!

## Simbólica

Sobre el terso cristal de la laguna,  
nuestra velera nave parecía  
cisne, que, aleteando, recibía  
los luminosos besos de la Luna.

Suspiraban las brisas; la Fortuna,  
cantando amores, el timón regía,  
y tranquilo en tus brazos me dormía,  
como de niño en la materna cuna.

Mas estalló la tempestad... Llorando,  
—¡Déjame en la ribera!—me dijiste...  
Desde entonces voy solo navegando.

Y cuando el rayo en el espacio brilla,  
siempre te miro arrodillada y triste,  
rogando a Dios por mí..., desde la orilla!

## Nocturno

Si oyes en sueños plácidos rumores,  
no es la alondra, que fiel saluda al día:  
¡es el último beso que te envía  
mi pobre corazón, muerto de amores!

Si llegan hasta ti gratos olores,  
no son brisas del campo: ¡es que tardía  
te manda, en un suspiro, el alma mía,  
el último perfume de sus flores!

Si ahuyentando tu sueño, de repente  
el rumor de unos pasos te despierta,  
no es tu ángel bueno, que a besar tu frente,

entre las sombras, con sigilo avanza...  
¡Son mis celos...! Otelo que está alerta,  
esgrimiendo el puñal de la venganza!

### Recóndita

¡Corazón! ¿Qué te pasa? Cada día  
que transcurre, contemplo con espanto  
que se agotan las fuentes de tu llanto,  
y hasta el volcán de tu pasión se enfría.

Ni te alegra el amor; ni tu energía  
se despierta a los golpes del quebranto;  
¡y es que has gozado y padecido tanto,  
que ya el dolor, como el placer, te hastía!

Nadie te anima, y nada te commueve,  
y despreciando a quien te ofrece abrigo,  
sepulcro buscas en tu propia nieve...

¡Vuelve a inspirar de nuevo mis canciones...!  
Mi única musa, mi mejor amigo,  
¡en plena juventud no me abandones!

## Primavera

De flores se cubrieron tus rosales;  
zumba la abeja en las abiertas pomas,  
y celosas se arrullan las palomas,  
volando en los floridos naranjales.

El arroyo nos brinda sus raudales,  
frescura el aire y el jardín aromas;  
y son, al pie de las vecinas lomas,  
alfombras de esmeraldas los trigales.

¡Todo vuelve! Cantó la golondrina  
en tu ventana, y en el bosque trina  
el ruiseñor... Con el cabello suelto,

cogiendo flores, cruzas la ribera...  
Sólo tu amor al corazón no ha vuelto...  
¡Para mi corazón no hay Primavera!

*Mis mejores poesías.*—5

## Lontananzas

De la vida en las locas bacanales,  
de alegres entusiasmos hice gala,  
y hoy mi tristeza, en lúgubre, se iguala  
a estas brumosas tardes invernales.

Ya ni me cuido de mis propios males;  
y hasta ese llanto, que tu amor exhala,  
por mi insensible corazón resbala  
lo mismo que la lluvia en tus cristales.

Al mirarme tan solo, tristemente,  
de hinojos grito, con el alma entera,  
al ver que me abandonan en la lucha,

a la Esperanza que se va: «¡Deténte!»  
Y al Entusiasmo que se aleja: «¡Espera!»...  
¡Pero ninguno de los dos me escucha!

## Nihil

A ENRIQUE REDEL

Reinaban las sombras  
en el camposanto.

En la tierra se abrían las flores,  
y en el cielo temblaban los astros.

En las negras cruces  
de los mausoleos y los campanarios,  
lanzaban los buhos  
sus medrosos y fúnebres cantos.

Al pie de una tumba, cubierta de sauces,  
danzaban las luces de los fuegos fatuos;  
y en la fosa común, escondido  
entre flores sangrientas, un cráneo,

a la luz de la Luna brillaba  
cual bruñido joyel de alabastro.

Entre escombros de viejas ciudades,  
y ruinosos y antiguos palacios,  
estaba la Muerte  
una tumba sin fondo cavando...

Y a compás de sus himnos triunfales,  
el Orgullo Humano  
cincelaba la estatua de un héroe  
en un bloque de mármol de Pharos.

Al Orgullo le dijo la Muerte:  
—¡Descansa ya, hermano..  
Abandona el cincel y reposa...!

¡No sigas luchando,  
que nunca tu numen podrá infundir vida  
al alma de piedra que duerme en el mármol!

De tus grandes creaciones, ¿qué resta?  
¿En qué cielos fulguraron tus astros...?  
¡De la nada sin vida surgieron,  
y a la nada sin vida tornaron!

¡De todos tus héroes,  
de todos tus sabios,  
apenas si caben los póstumos restos  
en el hueco que forma mi mano!

¡Dura más que el fulgor de tus Dioses  
la luz del relámpago...!—

Se calló la Muerte... Por entre las tumbas  
se alejó riendo; y el Orgullo Humano  
se encogió de hombros, y al son de sus himnos

---

siguió cincelando  
la escultura de un Dios, en un bloque  
de mármol de Pharos...

¡Desde aquella escena,  
siempre que se miran los dos frente a frente,  
soberbia la Muerte, ríese del Orgullo,  
y altivo el Orgullo, desprecia a la Muerte!

## Orgullo

¡En vano detenerme tu amor intenta!  
Mi ambición generosa tu voz no escucha...  
¡Como hay aves que cantan en la tormenta,  
hay almas que nacieron para la lucha!

Deja que vuele libre mi loco anhelo  
y prenderlo no intentes entre tus galas.  
Las alas, aunque rotas, exigen vuelo...  
¡Y yo siento que en mi alma también hay alas!

Deja que enamorado de la victoria  
por ella en el combate luche atrevido,  
¡que ascienda con mis ansias hasta la gloria,  
o ruede con mis penas en el olvido!

No te inquiete mirarme postrado y preso  
en las duras cadenas de mis pasiones...  
¡Del cubil de mis vicios yo saldré ileso,  
como Daniel del antro de los leones!

Nada exijo a tus gracias ni a tu hermosura.  
El planeta del astro las luces copia...  
¡La estrella, por sí misma, brilla en la altura...!  
¡Es estrella mi numen...! ¡Tiene luz propia!

¡Al rencor del contrario, piedad no imploro!  
Deja que me corone con sus desdenes...  
Cualquier monarca ciñe tiara de oro...  
¡Tan sólo Dios, de espinas ornó sus sienes!

No importa que la envidia siga mi huella.  
Mis méritos no empañan mis detractores...  
¡Podrá la obscura nube velar la estrella,  
pero apagar no logra sus resplandores!

¡Mi pedestal los Zoilos están labrando...!  
Su crítica sangrienta ya no me abrumba...  
¡Aunque altivas las olas se alcen bramando,  
sobre sus turbias crestas brilla la espuma!

Deja, deja que siembren de punzadores  
abrojos del camino de mis laureles...  
¡El valor las espinas convierte en flores,  
cual la abeja el romero transforma en mieles!

¡Sin miedo a sus ataques sigo mi ruta,  
pues tiene más dulzuras y más fragancia  
la copa en que la envidia vierte cicuta,  
que en la que el servilismo su vino escancia!

¡No siento que me hieran en la pelea...!  
¡El golpe del acero siempre es fecundo...!  
¡Cada gota de sangre guarda una idea,  
y cada idea es germen de un nuevo mundo!

La envidia del contrario mi nombre aclama...  
Surgen las mariposas de los gusanos...

---

¡Brotará de sus odios mi propia fama,  
como el loto del fango de los pantanos!

Tu amor es mi divisa. Por él resuelto  
lucharé en el combate como una fiera,  
y si caigo vencido, moriré envuelto  
en los gloriosos pliegues de mi bandera.

¡Que me ataquen los viles...! No son nocivas  
para el alma del fuerte tan necias mofas...  
¡Yo apagaré el murmullo de sus diatribas  
con la salva de aplausos de mis estrofas!

## Bohemia

A ADOLFO LUNA

De una taberna, en el rincón oscuro,  
una noche de invierno,  
en torno de una mesa, discutíamos  
unos cuantos bohemios.

Flotando en el ambiente, del tabaco  
en la humareda envueltos,  
el dolor escanciaba en nuestras almas  
el champagne de los lóbregos ensueños.

Y volando, cual negra matiposa,  
de cerebro en cerebro,  
la neurosis fatídica extendía  
sus membranosas alas de murciélago.

Hablábamos de lúgubres presagios  
y fúnebres proyectos.

Salvador, el artista luminoso,  
el de numen espléndido,

cantor de las lascivas bacanales,  
de los azules cielos,  
del sol, de los jardines florecientes,  
y los nupciales lechos  
con doseles de rosas y jazmines,  
donde el amante trémulo  
de la virgen deshoja los jazmines  
y rasga el niveo velo...

El poeta elegante, el que ha encerrado  
en sus sonoros versos  
la luz de las pupilas de su amada  
y el ritmo tembloroso de sus besos:

—¡Yo —nos dijo— quisiera que la muerte  
me sorprendiese, ebrio  
de amor y de champaña, de mi virgen  
reclinado en el seno,  
para tener como sudario, digno  
de amortajar mi cuerpo,  
la luminosa túnica de oro  
que forman destrenzados sus cabellos!—

Rafael, el poeta del trabajo,  
el Homero del pueblo,  
Juvenal implacable de los déspotas,  
y Amadís esforzado del progreso;  
el que en estrofas que sangrientas brillan  
igual que en el combate los aceros,  
hizo del menestral un sacerdote  
y del taller un templo,

exclamó con voz ronca: —¡Desearía  
sucumbir en la brecha, defendiendo  
al débil contra el fuerte, y contra el déspota  
al oprimido pueblo!

¡Morir como un monarca, de mi sangre  
en la púrpura envuelto!

Y Ricardo, el poeta de neurótico  
y enfermizo cerebro,  
el hipondríaco de las rimas,  
el cantor de lo tétrico,  
de las tardes de Otoño, y de las tumbas  
del viejo cementerio,  
nos dijo, acariciando a un terranova,  
su único inseparable compañero:

—Yo quisiera morir como he vivido.  
¡Solo, en mi humilde lecho,  
contemplando el retrato de mi madre  
y acariciando trémulo,  
en vez de ensortijadas cabelleras,  
las sucias lanas de mi viejo perro!—

—¿Y tú? —me preguntaron—. Y yo, inmóvil,  
permanecí en silencio,  
contemplando las vírgenes desnudas  
de los frescos del techo,  
que, ocultas entre el humo del tabaco,  
mostraban silenciosas, sonriendo,  
las muertas esmeraldas de sus ojos  
y las marchitas rosas de sus senos.

Callamos, y seguimos apurando  
el opio del ajeno,  
hasta que, al fin, de codos en la mesa,  
nos quedamos durmiendo.

.....  
Soñé... Como anhelaban, mis amigos  
en la lid sucumbieron.  
.....

¡Cuánta gente cruzaba por las calles...!  
¡Qué solo iba el entierro!

¡Ni una virgen siquiera acompañaba  
al funerario séquito,  
formado de amarguras y pesares,  
de burlas y desprecios!

¡Sólo detrás, aullando, le seguía  
el vagabundo perro!

De pronto, abrí los ojos, y dormidos  
hallé a mis compañeros;  
yo no sé si borrachos de amargura,  
o embriagados de ajenjo.

¡Y entrando por la abierta cristalera,  
un gran rayo de sol, con sus reflejos,  
como nimbos de oro, coronaba  
la cabeza del perro,  
que, tendido a las plantas de su amo,  
diligente velaba nuestro sueño!

## Soledades

### A MI CONCIENCIA

Yo te miro en mis horas de fiebre  
y en mis tétricas noches de insomnio,  
silenciosa, acercarte a mi lecho,  
y enjugar con tus labios mis ojos.

En tu seno reclinas mi frente,  
y en tus brazos me duermo dichoso,  
como el niño en la cuna, escuchando  
tus cantos, que enervan lo mismo que el opio.

En el recio combate, si dudo,  
o si herido a traición me desplomo,  
tú, acudiendo en mi auxilio, me alzas;  
en tus brazos me ofreces apoyo;  
con tus dedos restañas mi herida,  
y me infundes valor con tu arrojo.

Hasta en esas horas,  
 cuando altivo y loco,  
 para ahogar mi dolor, a mi cuerpo  
 en los brazos del vicio abandono,  
 yo te he visto, de pie junto al tálamo,  
 donde mercenarios paroxismos compro,  
 de vergüenza llorar, escondiendo  
 en tus blancas manos tu pálido rostro!

En cambio, si triunfo del mal y mi frente  
 de sangrientos laureles coronó,  
 la primera sonrisa es la tuya,  
 y tu aplauso el primero que oigo!

En mis soledades a mi pluma guías;  
 con tus besos acallas mis odios,  
 y al roce suave de tus áureas alas,  
 mis versos se llenan de chispas de oro...

.....  
 ¡Sigue, casta virgen, en pos de mis pasos...!  
 ¡Que nunca me falte tu místico apoyo...!  
 ¡Que no deje nunca de verte en mi lecho,  
 suspirando en mis noches de orgía  
 y llorando a la par cuando lloro!

.....  
 ¡Sigue, casta virgen, dejando en mis versos,  
 de tus alas las chispas de oro!

## CONFIDENCIAS



## Tarde de Otoño

### I

Ya llegó el Otoño;  
la estación de las vagas leyendas,  
del castillo ruinoso y sombrío,  
de los roncós mares y las mudas selvas;  
de la virgen que muere de amores,  
y las húmedas tumbas desiertas,  
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,  
con medroso rumor cabecean...!

La tarde naufraga  
en un mar de infinitas tristezas...

En el prado desnudo, del río  
por las solitarias mudas arboledas,  
su sudario de sombras flotantes  
extienden las nieblas,  
y la lluvia, entre nubes, desata  
sus collares de rítmicas perlas...!

*Mis mejores poesías.—6*

Al caer, resbalan por las mustias hojas;  
del rosal en los cálices tiemblan;  
y humedecen el albo plumaje  
de las blancas palomas, que, inquietas,  
los fríos aleros se arrullan,  
arrastrando sus alas de seda..

En las frondas suspiran los vientos,  
y en la playa las olas se quejan...

¡El paisaje es tan gris y sombrío,  
que parece que el cielo y la tierra  
conocen mis ansias  
y lloran mis penas...!

## II

Ya llegó el Otoño...

Como un ¡ay! de amargura, resuena  
en los secos troncos el golpe del hacha...

Las tumbas desiertas,  
que no tienen ojos que amantes las rieguen,  
el llanto del cielo, la lluvia, las riega!

Sobre el verde lago, cual vapor de lágrimas,  
flotan las neblinas, y revolotean  
cual medrosos fantasmas, los buitres  
y los cuervos que aguardan su presa...!

En torno a las vigas del patio morisco,  
de donde su nido solitario cuelga,  
una golondrina  
silenciosa vuela...

Y aun sueña con cielos azules  
y verdes campiñas y auroras espléndidas;  
huir de su cuna  
le causa tal pena,  
que sus alas de luz y de sombra,  
temerosas se agitan y tiemblan;  
y por el espacio, que ensombren las nubes,  
tal vez para siempre, llorando se aleja...!

¡Santas esperanzas, nostálgicos sueños,  
ilusiones brillantes y trémulas,  
que dejáis vuestro nido en el alma  
al ver que se cubre mi cielo de nieblas;  
y soñando inmortales amores,  
extendéis vuestras alas ligeras,  
tras las brumas de Otoño, buscando  
el fulgor de lejanas estrellas...!

¡Golondrinas de amor sois vosotras...!  
Lo mismo que ellas,  
os marcháis para siempre, llorando  
al dejar vuestra cuna desierta...!

¡Id con Dios, mensajeras divinas  
de amantes promesas...!

¡Os marcháis a anidar a otras almas,  
y al perderos de vista, en las nieblas  
que envuelven el cielo, suspiran mis labios,  
y mis ojos en llanto se anegan...!

### III

Ya llegó el Otoño...

Enlutada, la tarde se acerca...

En el mustio rosal que se enlaza  
como sierpe amarilla a mis rejas,  
una física rosa de nieve  
al final de una rama blanquea...

Cuando el beso del aire o la lluvia,  
a su tallo, al pasar, balancea,  
se doblega agobiado su cáliz,  
y sus húmedos pétalos tiemblan...

¡Y parece que al verse tan sola  
se deshoja, llorando de pena!

¡Oh, pálida rosa...! ¡Tal vez esos pétalos  
que hoy mis labios besan,  
cuando surja la Aurora de nuevo,  
entre mustio tropel de hojas secas,  
hollará el pasajero que cruce  
esos mudos campos y esas tristes sendas...!

¡Oh, mi virgen...! ¡La pálida musa  
que inspira mis cantos y sigue mis huellas;  
el cálido nido  
de mis ilusiones y de mis quimeras;  
la última rosa  
que al rosal de mis sueños le queda...!

¡Quizás, cuando un día  
en tu busca vuelva,  
de ese cuerpo que apaga mis fiebres,  
de esa alma que calma mis penas,  
sólo queden puñados de huesos  
que pudra la tierra,  
y un espíritu errante que flote  
de las tardes de Otoño en las nieblas...!

---

Ya llegó el Otoño;  
la estación de las vagas leyendas,  
del castillo ruinoso y sombrío,  
de los roncós mares y las mudas selvas;  
de la virgen que muere de amores,  
y las húmedas tumbas desiertas,  
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,  
con medroso rumor cabeccan...!



## SONETOS



## Aparición

No ha llegado tu hora todavía...  
Su sandalia de nieve, Primavera  
no llevó a tus jardines... ¡Alma mía,  
abre los ojos a la luz, y espera...!

¡Llegará con las flores tu alegría!  
¡Las alas de tu espléndida quimera  
te arrastrarán, y un salmo de poesía  
entonará en tu honor la tierra entera!

Verás entre tus manos temblorosas  
florecer el milagro de las rosas;  
bajo tus plantas brotarán las flores...

¡Y del cielo, en un rayo de Luna,  
descenderá tu ensueño, envuelto en una  
túnica de nevados resplandores!

### Mientras caen las hojas...

Mientras caen las hojas lentamente,  
y agoniza el crepúsculo, te escribo  
este soneto, en cuyo son doliente  
latir mi propio corazón percibo.

Doblo en las manos la abatida frente,  
y me quedo suspenso y pensativo...  
Sólo el rumor cercano de una fuente  
me viene a recordar que por ti vivo.

¡Versos de Otoño! Igual que los rosales  
que se deshojan a la lluvia, lentos,  
van muriendo mis viejos ideales...

¡La noche avanza, y en su paz oscura,  
vuelan a ti mis tristes pensamientos,  
buscando en tu recuerdo sepultura!

## Romeo y Julieta

—¡Adiós, mi vida...! Su fulgor rosado  
la aurora, desde Oriente, nos envía...

—Es la Luna, que vierte todavía  
sobre el jardín su sueño plateado.

—Hasta el cielo, su vuelo ha levantado  
la clara alondra, saludando al día...

—¡No es la alondra quien canta, vida mía...!  
¡El ruiseñor, que trina en el granado!—

De amor Julieta desfallece y llora...  
Morir su cuerpo tembloroso siente  
entre los brazos del amado preso...

¡ Calla la alondra en el azul... ¡La aurora  
enrojece de amor en el Oriente,  
al escuchar las músicas de un beso!

## Póstuma

Le dije al corazón: —Llegó tu hora.  
La tierra, abierta y silenciosa, espera;  
gime un responso, y, lenta y plañidera,  
en el ocaso, la campana llora.

Bajo la tierra, al beso de la aurora,  
al florecer la nueva Primavera,  
se entreabrió la romántica quimera  
que nuestra alma y nuestra carne enflora!

Serán tus sueños luminosas rosas;  
y cuando con sus manos temblorosas  
ella las corte para su tocado,

al morir de placer en su cabello,  
le dará su perfume todo aquello  
que tú soñabas darle y no le has dado!

## El alma de la fuente

En el azul del claro firmamento  
la luz se va apagando lentamente,  
como el rumor de una lejana fuente  
que en la calma nocturna agita el viento.

Se ha perdido la voz, pero el acento  
temeroso y fugaz, la balbuciente  
palabra de dolor, eternamente  
en mis oídos resonar la siento.

Es un grito, un suspiro, toda el alma  
que desfallece, que se va y nos deja  
solos, en medio de la noche en calma,

y, temblando, resurge nuevamente  
en la fugaz y cristalina queja  
del agua fugitiva de la fuente!

### Música triste

Surge la voz melódica y serena...  
Un recuerdo le asalta... De repente  
se le ve vacilar, y nuevamente  
clama de angustia y de cariño llena.

Vuelve a callar, y trágica resuena,  
en un ay angustioso y balbuciente,  
que se extingue en el aire lentamente,  
como una larga lágrima de pena.

Igual que el grito de una alondra herida  
en el sereno azul vibra su queja...  
Se pierde entre sollozos y lamentos,

y naufraga, vibrando dolorida,  
en un mar de rumores que semeja  
una selva agitada por los vientos!

LA COPA DEL REY DE THULE



## Ofrenda

Si penas y dudas olvidar ansías,  
su clásica copa te ofrece el poeta.  
En marfil y oro la esculpió un atleta...  
Fué cáliz de besos en noches de orgías.

Hoy es santuario de las musas mías:  
de Chipre, bacante lasciva y discreta;  
del Champaña, el oro de la vida inquieta,  
y el Jerez, la rosa de mis alegrías.

La copa te brinda divinos amores.  
En ella la virgen deshoja las flores  
del Epitalamio, y escancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...  
¡Alma soñadora, embriágate en ella  
de rojos delirios y ensueños azules!

*Mis mejores poesías.—7.*



A su paso, como besos lujuriosos  
de unos labios de escarlata,  
triumfalmente se entreabren los claveles,  
y sus rojos dientes muestran, sonriendo,  
como lúbricas bacantes, las granadas.

La pureza de sus senos les ofrecen los jazmines,  
y se agitan rumorosos, entonando himnos de gloria,  
los laureles, que despiden resplandores de esmeralda.

Así cantan los claveles:

«El Sol vierte en nuestras venas  
los ardores tropicales de su sangre epitalámica.  
Florecemos en los labios que se funden en un beso,  
y en el rostro de la virgen que se entrega enamorada.

Somos himnos luminosos y triunfales  
en las rojas epopeyas;  
regia púrpura en los mantos fastuosos del monarca;  
tibia lluvia de rubíes que entrojece  
las guirnaldas de la novia;  
llanto rojo sobre el oro señorial de las tiaras,  
y en el fondo de los lagos, pabellones de corales,  
donde duermen las princesas y las reinas encantadas!

Reflejamos en la sangre de los vinos  
—de los vinos que enloquecen—  
el incendio lujurioso que devora nuestras almas,  
y en los rizos destrenzados de la lúbrica bacante,  
agoniza lentamente, como lívido crepúsculo,  
el fulgor de nuestras llamas.

Ven, poeta,  
y corona con nosotros los cabellos  
ondulantes de tu amada...!»

Y el Poeta  
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,  
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los jazmines:

«Somos risas hechas flores en los labios del Ensueño.  
Nuestra cuna fué la nieve que corona las montañas.  
Nuestros besos son los rayos temblorosos de la Luna,  
y morimos en la sombra de las noches enlutadas.

Floreecemos en el velo vaporoso de las vírgenes;  
a los cisnes les prestamos su blancura inmaculada;  
a los reyes el armiño de las túnicas triunfales,  
y a Pierrot las cadavéricas palideces de su máscara!

Somos níveas mariposas que entre flores aletean;  
en los cielos azulados, pasajeras nubes blancas;  
hostia mística en los cálices  
que en el templo se consumen;  
apagados resplandores en el mármol de la estatua,  
y en los días luctuosos del invierno taciturno,  
blancos copos de la nieve que desciende  
silenciosa, solitaria!

Nos abrimos, al incendio de unos labios fabricientes,  
en los senos palpitantes y desnudos  
de la joven desposada,  
y a la virgen que agoniza de ternuras y de olvidos  
le servimos de mortaja...!

Ven, poeta,  
y corona con nosotros los cabellos  
opulantes de tu amada...!»

Y el Poeta  
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,  
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los laureles:  
«Nos alzamos en las cumbres,

donde anida el Sol y el águila  
y palpitan las estrellas fulgurantes de la Gloria.

En las rojas epopeyas somos palmas  
que arcos tejen cuando alegres,  
entre vítores y aplausos,  
relinchando los corceles, y desnudas las espadas,  
los guerreros victoriosos  
en tropel cantando vuelven de los campos de batalla.

Alentamos en el Circo la agonía de los mártires  
devorados por las fieras. Coronamos las estatuas  
vencedoras del Olvido,  
y en la frente de los nobles paladines  
florece como triunfo de inmortales esmeraldas!

Son eternos nuestros éxtasis gloriosos...  
El mar besa con sus olas rumorosas nuestras plantas,  
y los rudos huracanes,  
que deshojan las florestas, acarician  
con sus dedos temblorosos  
nuestra verde cabellera destrenzada!

Ven, poeta,  
y eterniza con un rano de laureles  
la hermosura pasajera de tu amada...»

Y el Poeta  
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,  
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...

Así cantan las adelfas:  
«Nuestras flores son sangrientas,  
como carnes desgarradas  
a mordiscos lujuriosos.  
Florece con la fiebre...

Entonamos con el hacha  
reluciente del verdugo, la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas  
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña  
las serpientes del Delirio...,  
las serpientes que enrojecen nuestras almas...

Alumbramos los oscuros calabozos,  
donde ruge la Locura,  
y las celdas solitarias,  
donde, en místicos espasmos, las histéricas novicias,  
de lujuria se embriagan  
con la sangre de los Cristos...

Ven, poeta,  
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada...»

Y el Poeta  
y su musa favorita, se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen triste y pálida  
florecieron las adelfas...

.....

El jardín de la Esperanza  
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres.

.....

Los claveles, los jazmines, los laureles,  
las adelfas, se agitaron;  
y sus hojas, arrastradas  
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,  
se perdieron para siempre por las sendas solitarias  
lentamente, lentamente, como frágiles visiones  
de un ensueño misterioso que se esfuma en la distancia...

.....

---

En el lánguido martirio de oro y púrpura,  
el crepúsculo moría... Suspiraban  
temblorosas las adelfas.

Y al empuje de los vientos, las simbólicas granadas,  
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo  
sus rubies desgranaban...

## Medioeval

A ANGEL GUERRA

Bajo el dosel de púrpura, que el sol poniente besa,  
con sus dedos de nieve, la pálida princesa

el azahar de una margarita deshoja,  
y tras los almos cisnes de sus sueños, arroja

—halcón con garras vírgenes—su enferma Fantasía,  
que se pierde en las brumas de la Melancolía.

Es bella y dolorosa. Parece la Quimera  
de amor que un pincel místico trazó en la vidriera

de la claustral ojiva. En la cándida aurora  
de sus ojos, un ángel nostalgias de Azul Hora.

En sus albas mejillas hay sangrientos martirios  
de rosas. Palidecen en su mano los lirios...

Bajo el trono se enroscan bufones y lebreles.  
En la liza piafan los fogosos corceles,

que, impacientes, escarban con sus cascos la arena...  
La trompeta de oro del Heraldó resuena.

Alzadas las viseras, desnudos los aceros,  
invaden el palenque los bravos caballeros

que a enamorar vinieron, de lejanos países,  
a la blanca princesa gemela de los lises...

Entre jóvenes pajes, que le sirven de corte,  
llega Lohengrin, el rubio caballero del Norte.

De su casco brillante sobre el oro bruñido,  
el alma de los cisnes las alas ha extendido,

y el Amor en su escudo a recitar se atreve  
una canción de lirios sobre un campo de nieve.

En un corcel alado, más rojo que el Deseo,  
cabalga la romántica figura de Romeo.

En su fulgente casco de plata, brilla inquieta  
la rubia cabellera de la ideal Julieta;

y en su escudo, que sangre de claveles colora,  
agoniza la alondra en un beso de Aurora.

Rugiendo de coraje, como león en celo,  
sobre un corcel de Arabia la lanza esgrime Otelo.

Está de celos loco... Está de espanto mudo,  
y en la profunda noche que circunda el escudo,

con un arpón clavado en la nieve del anca,  
bañada en sangre expira una gacela blanca...

. . . . .

Vibró el trueno de oro de lejanos clarines.  
Temblaron en sus sillas los bravos paladines.

Y tras negro escudero que sus hazañas nombra,  
en un corcel salvaje que apacentó la Sombra,

calada la visera, y desnudo el acero,  
penetra en el palenque un Negro Caballero.

Sobre el casco abre el cuervo las alas tenebrosas,  
y en su escudo aletean dos negras mariposas...

Al Negro Caballero vencedor proclamaron.  
En los amplios salones del palacio brillaron

las joyas y las ricas armaduras de oro.  
Rima cantos nupciales el órgano sonoro;

junto al tálamo regio de azahares y rosas,  
los amantes enlazan sus manos temblorosas.

«¡Mirar tu rostro ansío...! ¡Besar tus labios quiero!»,  
murmuró la princesa. Y el negro Caballero,

con ruda mano, alzóse de pronto la visera...  
¡Y floreció la risa en una Calavera...!

## Flores de Ensueño

A MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Con las manos cruzadas sobre el pecho,  
entre nubes de encaje mal velado,  
por el tibio alabastro de los hombros  
los flotantes cabellos destrenzados,  
pálida como mística azucena  
que se marchita en el jardín del claustro,  
la virgen duerme. Oculto entre la púrpura  
del rico lecho de marfil y sándalo,  
el Ángel del Pudor vela su sueño,  
con el índice puesto sobre el labio.

Ensueño azul: El Hada de la Dicha  
desciende de los cielos en su carro  
—un gigantesco carro de magnolia  
por dos gallardos cínifes tirado—  
y la conduce a los floridos bosques  
del misterioso reino del Encanto.

Allí florecen lirios, que son rostros  
de rubios serafines; en sus lagos  
eternamente azules, bogan cisnes

de nieve y de ilusión; rima sus cantos  
el ruiseñor en la frondosa orilla;  
los cien ojos floridos de su manto  
abre el pavo real con regia pompa;  
y en medio del jardín alza un palacio  
sus altos muros de marfil y oro,  
por dragones de fuego custodiados,  
donde las magas del Amor preparan  
sus venenosos filtros encantados,  
y las princesas de los viejos cuentos  
mueven la rueca su cariño hilando.

Ensueño rojo: En el jardín de Marta,  
a la luz moribunda del ocaso,  
contempla los fulgores que despiden  
las ricas joyas del collar de Fausto.

Y siente que sus párpados se cierran  
y los besos florecen en sus labios...

Y ve como entreabre su corola  
a las bruscas caricias de un abrazo  
—hostia sagrada en el altar de Venus—  
un misterioso lirio ensangrentado...

Con las manos cruzadas sobre el pecho,  
entre nubes de encaje mal velado,  
por el tibio alabastro de los hombros  
los flotantes cabellos destrenzados,  
pálida como mística azucena  
que se marchita on el jardín del claustro,  
dormida está. De pie en la cabecera  
del rico lecho de marfil y sándalo,  
descorriendo el purpúreo cortinaje,  
Satanás ríe; y, a sus pies postrado,  
el Angel del Pudor suspira y llora,  
con la cabeza oculta entre las manos.

## Epitalamio

A LUIS BERISO

A las luces espectrales de las pálidas auroras,  
recitando misteriosas letanías,  
por el bosque van pasando las simbólicas Teorías  
de las Horas.

Enlazadas de las manos, cruzan lentas  
cual fantasma sepulcrales que caminan al Osario.

Gime el viento entre los pliegues  
de sus túnicas sangrientas.  
Lanza el buho en los cipreses su responso funerario.

Doblan roncadas las campanas en su cárcel de granito,  
y a sus ecos moribundos que se apagan en la bruma,  
la cadena de fantasmas en el gris del infinito,  
en las tenues palideces de las nébulas se esfuma.

Sólo queda bajo el palio de un naranjo florecido  
una virgen, que, piadosa,  
con las manos enlazadas mira al cielo.

Con jazmines y con nieve, los ensueños han tejido  
la blancura deslumbrante de su túnica y su velo.

De sus lánguidas pupilas, la purpúrea luz evoca  
el incendio del crepúsculo que ensangrienta los rosales;  
y la sangre que enrojece los claveles de su boca,  
canta el triunfo de las rosas en los tálamos nupciales.

Al mirarme solo y triste con la cruz de mis dolores  
en la cumbre del Olvido,  
la Hora Blanca se aproxima...

Me sostiene entre sus brazos, y a mi oído  
canta el dulce Epitalamio de sus líricos amores.

En mis brazos de su carne siento el peso...  
Nuestros cuerpos funde el lazo  
de un abrazo...  
Nuestras almas liga un beso...

Fué un instante. Nuevamente  
se acercaron las simbólicas Teorías,  
y a su hermana fugitiva,  
silenciosas, arrastraron en su rápida cadena,  
y bebiendo con mis lágrimas la amargura de mi pena,  
vi los pliegues de su túnica  
esfumarse entre las sombras de confusas lejanías!



## Paisaje de Sombra

A PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

Las sombras invaden las verdes glorietas...  
Se van esfumando las sendas floridas...  
¡Es la hora santa en que los poetas  
van a cortar rosas a sus prometidas...!

El bosque atraviesan senderos y brumas.  
En las balaustradas de mármol, triunfales,  
abren su abanico de flores y plumas  
y anuncian la noche los pavos reales...

La luna de plata nieva lentamente  
sus últimos rayos, y oculta entre flores,  
con voz de suspiros, comenta la fuente  
las viejas leyendas de viejos amores.

En el verde estanque de lotos bordado  
se refleja el cielo; las ondas suspiran;  
enarcan los cisnes su cuello nevado,  
y augures murciélagos fatídicos giran.

Del noble palacio las altas ventanas  
encendidas brillan entre la espesura,  
como titilantes estrellas lejanas  
que arden en el fondo de la noche oscura...

La hora se aproxima... ¡Párate, viajero!  
¡No ves una sombra que entre la enramada,  
negra y misteriosa, sigue tu sendero,  
siempre pensativa y siempre callada...?

Se agranda en el bosque; se encoge medrosa;  
bórrase en los árboles del parque vecino,  
pero surge luego, lenta y temblorosa,  
¡y siempre a tu lado prosigue el camino!

En la niebla esfuma su contorno vago.  
Contigo se para, contigo suspira,  
y cuando diriges tus ojos al lago,  
¡también en el fondo del lago se mira...!

Huye entre los árboles, veloz y encorvada.  
La brisa parece su voz que te nombra...  
Si a la luna cortas flores a tu amada,  
¡también corta flores de sombra, la Sombra...!

Penetra en la calma del parque dormido  
entre laberintos de negros rosales,  
y al sentir su aroma, con un alarido  
saludan su paso los pavos reales.

Las sombras invaden las verdes glorietas...  
Se van esfumando las sendas floridas...  
¡Es la hora santa en que los poetas  
van a cortar rosas a sus prometidas...!

## Los murciélagos

A PEDRO CÉSAR DOMINICI

De la tarde que moría  
a los cárdenos reflejos,  
lentamente caminabas, deshojando margaritas,  
por la senda que perfuman los floridos limoneros.

¿No te acuerdas...? De repente, temblorosa,  
abrazándote a mi cuello:  
—¡Mira, mira—murmuraste,  
en el nudo de mis brazos de terror desfalleciendo—  
cómo en torno de las flores  
giran locos los murciélagos...!

.....

Y en las sombras que avanzaban, las luciérnagas,  
como cirios sepulcrales, se encendieron...

Y doblaron lentamente las campanas  
con el fúnebre gemido de su acento...



Y las lámparas se extinguen...  
 Y profanan el silencio  
 de las bóvedas sombrías  
                                   las siniestras carcajadas del hereje  
 y las roncadas maldiciones del blasfemo...

A los últimos fulgores de la tarde moribunda  
 aparecen los murciélagos...  
 Son suspiros que se escapan de los labios de la sombra...  
 Viven sólo en los sepulcros del ruinoso cementerio...  
 Se alimentan con los lívidos gusanos  
                                   que devoran a las vírgenes...  
 Se emborrachan con la sangre coagulada de los muertos...

Al contacto de sus alas, los rosales se estremecen,  
 y las rosas, con el llanto luminoso de sus pétalos,  
 ensangrientan las mortales palideces del crepúsculo,  
 que al son ronco de las fúnebres campanas,  
                                   lentamente va muriendo...

¡Oh, amarguras infinitas...!  
 ¡Oh, recónditos pesares...! ¡Oh, murciélagos!

Vuestras alas oscurecen los fulgores de las lámparas  
 que iluminan los altares melancólicos del templo,  
 donde, exangüe, coronado de nostalgias y de espinas,  
 muere el Cristo, triste y pálido,  
 de mi loco pensamiento...!

Anidasteis en la tumba de mis muertas ilusiones.  
 Vuestro fúnebre contacto ha dejado sin un cáliz  
                                   el rosal de mis Ensueños;  
 y en las hondas sepulturas,  
 donde yacen enterrados mis recuerdos,  
 se enrojece vuestro hocico,  
                                   vuestro hocico repugnante de vampiros,  
 con la sangre coagulada de mis muertos...



## Neuróticas

A JULIO PELLICER

### I

En la copa de Venus fulgura,  
sangre de claveles y alma de rubies,  
la divina embriaguez de los sátiros,  
el vino purpúreo que escancian las vírgenes.

Sobre el lago vuelan,  
en un sueño de nieve, los cisnes,  
los cándidos cisnes, ebrios de azahares...  
Y al pie de la Esfinge  
del Amor eterno,  
busto femenino con garras de tigre,  
los labios lascivos  
de Afrodita, rien.

.....  
¡Ya no hay vino de amor en las copas...!  
Sobre el lago los cisnes no juegan...

El alma sombría del lúgubre Otoño,  
entre los marchitos rosales se queja...

Una blanca visión temblorosa,  
a través de la obscura arboleda,  
en el viejo jardín encantado,  
como un rayo de luna penetra...

¡Oh, mi pálida virgen, la Musa  
de mis viejas canciones, no vengas  
a apagar en mis brazos tu fiebre,  
porque ya no queda  
ni una gota de llanto en mis ojos,  
ni una gota de sangre en mis venas!

## II

La frente entre las manos,  
los codos en la mesa,  
mientras sus camaradas, ebrios, gritan,  
el poeta recuerda.

Se quiebran copas en honor del Arte,  
y las pipas románticas humean.

Llora un viejo piano  
la muerte de la tísica Bohemia,  
y el poeta, callado, en su amargura  
levanta lentamente la cabeza;  
sobre la enferma palidez del rostro  
arroja negras sombras la meleña...

Y en la copa, la musa del ajenjo,  
abre sus ojos de esmeraldas muertas,  
y en sus labios le ofrece un venenoso  
olvido de embriaguez para sus penas!

## III

¡Oh, mi alma, mi alma es un lirio,  
es un lirio de amor, todo blanco,  
que al altar de una virgen ofrece  
en sus pálidos dedos un santo!

¡Y mi carne—deseos y vicios—  
es un lirio sangriento y morado,  
que se inclina sin vida, marchito,  
sobre el agua de un verde pantano!

# SONETOS

A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA



### Paisaje interior

Cual sol en los cielos, entreabre el delirio  
su enorme pupila torva y sanguinaria;  
y en la roja tarde vaga solitaria  
el alma marchita del cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio;  
el ciprés eleva su negra plegaria,  
y enciende en el cáliz de la pasionaria,  
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lagos de llanto,  
los cisnes heridos apagan su canto.  
Sobre las palomas vuelan los neblíes,

y entre las adelfas alza lentamente  
su verde cabeza la Eterna Serpiente  
de escamas de oro y ojos de rubies.

## Los Cruzados de Thule

Son los Cristos que enrojecen los laureles del Calvario  
con la púrpura triunfante de su sangre generosa;  
rosas místicas que mueren en el seno de una hermosa,  
mirra que arde entre las ascuas del simbólico incensario...!

Sañadores cenobitas que en el yermo solitario  
con sus lágrimas fecundan una flora milagrosa;  
argonautas que navegan en la noche silenciosa  
tras el oro de un remoto vellocino imaginario...!

Son los cisnes que agonizan en el lago de los cielos,  
peregrinos que caminan por la noche de los hielos...  
Están ebrios de nostalgias. Su mirada entristecida,

hebe el rayo tembloroso que al morir la Luna vierte...  
Marchan solos... Y se pierden por las sendas de la Vida,  
en silencio dialogando con la sombra de la Muerte...

### Crepúsculo místico

Los cipreses, dos hileras de monjes encapuchados,  
con sus éxtasis vigilan los silencios de la casa,  
y en los altos ventanales, los crepúsculos dorados  
iluminan las imágenes con el oro de su brasa.

Suena el órgano en los claustros de pintadas vidrieras,  
donde vagan las tristezas de las sombras monacales,  
que extasiadas en un sueño de celestes primaveras,  
olvidaron que florecen en el huerto los rosales.

¿Qué dolor, carnes reclusas, os cilicia y os flagela?  
El vampiro del recuerdo, en las largas noches vuela,  
y extenua nuestro cuerpo en las hoscas reclusiones...

«¡Miserere!», claman roncas vuestras voces en el coro,  
mientras de las vidrieras en los altos rosetones  
resplandecen las custodias del crepúsculo de oro...

## Del Mes de María

Sube al alto cimborrio, con la niebla del incienso,  
la litúrgica dulzura de los cánticos monjiles,  
y escuchándola, sentado sobre vieja banca, pienso  
que revive la poesía de mis sueños infantiles.

¡Cuántas veces, tras las rejas, sorprendiera mi mirada,  
en un pálido semblante, la sonrisa de una boca,  
cuyos labios se entreabrían, como lúbrica granada,  
entre el lino blanco y trémulo de los velos y la toca!

Claros voces, claras voces que mi infancia perfumaron  
con la flora azul y mística de los huertos celestiales...  
¡Cuántas noches mis nostalgias infantiles despertaron!

¡Oh, la novia de mis sueños, blanca y rubia, que solía  
contemplarme pensativa, a través de los vitrales;  
de ojos tristes y profundos, cual los ojos de María...

## ¡Resurrección!

Sobre el mar de oro flotan, como nubes lejanas,  
las velas palpitantes de las embarcaciones,  
y saludan la hora de las Resurrecciones  
con un sonoro escándalo de bronce de campanas.

El Sol arde glorioso... Silencio... El aire quema.  
Señala el mediodía el viejo meridiano...  
Sobre el papel, la pluma abandona la mano,  
que ha acabado ya el último verso de su poema.

«¡Resurrección!», exclaman los broncees al oído...  
¡Otra vez el divino milagro se ha cumplido!  
Al son de las campanas, los ángeles abrieron

las losas funerarias de las tumbas desiertas...  
¡Y volverán, de nuevo, a sonreír las muertas  
sombras que en otra vida también nos sonrieron!

## Silencio

¡El silencio! La Esfinge con el dedo en el labio..  
Azahar inviolado de la frase no escrita..  
La flor a quien consulta amores Margarita..  
El libro donde siembra sus máximas el sabio..

El ensueño tranquilo del amor sin agravio..  
Oración sin palabras de espectral cenóbita..  
Majestad de la estatua... La tristeza infinita..  
¡El Silencio...! La Esfinge con el dedo en el labio..

¡Oh, los reyes que duermen en las piedras tumbales!  
¡Oh, las almas sufridas que se callan sus males...!  
En la celda más triste del obscuro convento,

viejo monje contempla, silencioso e inerte,  
sobre la vieja página de infolio amarillento,  
el borroso esqueleto de la pálida Muerte...!

## Parábolas

Fué una noche tenebrosa de Walpurgis.  
A la tierra, cual mortaja, las tinieblas envolvían;  
y los rojos cazadores del Infierno,  
con sus gritos azuzaban las diabólicas jaurías  
de los roncos huracanes, que, mugiendo  
como búfalos fantásticos,  
por la selva oscura y lóbrega de la noche se perdían.

En el báratro, las brujas  
la urdimbre misteriosa de la vida,  
con las cuerdas del ahorcado, con las llagas del leproso,  
y la sangre venenosa de los lúgubres suicidas,  
a compás de sus blasfemias,  
como arañas monstruosas, enredaban y tejían...

Y entre nieves y entre escarchas,  
saludado por los truenos,  
a las luces del relámpago, abrió un niño las pupilas...

Fué un crepúsculo de Invierno.  
 En el bosque gris y húmedo,  
 lentamente la nevada, silenciosa, descendía.

Ya trajeron la mortaja. Sobre el negro catafalco,  
 las violetas se deshojan y los cirios agonizan.

Cerca gimen los responsos... ¡En cerrar la negra caja,  
 carpintero, date prisa!  
 Las tinieblas avanzaron...

Y a los rayos mortecinos de la luna,  
 como cirio agonizante combatido por los vientos,  
 ante un huérfano enlutado, que solloza de rodillas  
 abrazando una cruz negra, cruza lenta, silenciosa,  
 despidiendo fuegos fatuos, una fúnebre Teoría.

.....

Ya llegó la Primavera...  
 Nievan blancas mariposas los almendros.  
 Hay arrullos de palomas en las ramas florecidas,  
 y temblores de libélulas en los cálices abiertos.  
 Bajo el palio perfumado de un naranjo, dos amantes,  
 con las manos enlazadas, se contemplan en silencio...

¡Oh, las tímidas promesas de los labios juveniles,  
 los callados juramentos  
 que se pierden, como místicas palomas,  
 en la risa luminosa de los cielos!  
 Canta un ave en la espesura...  
 El sol muere, como un Príncipe, en su lecho  
 de oro y púrpura;  
 y el naranjo, a la caricia lujuriosa de los vientos,  
 vierte lluvia de azahares sobre el llanto de dos almas  
 que agonizan abrazadas en el tálamo de un beso...

.....

Suenan bélicos clarines en el patio del castillo.  
Un caballo de la Arabia, de impaciencia tasca el freno...

Campeón de la Locura,  
a la lid marcha el guerrero.  
En la cima de su casco tiembla el águila.  
Las estrellas resplandecen en las bandas de su pecho.

Los heraldos van delante. Visten púrpura y brocado...  
¡Son los versos  
de la Gloria los que vibran triunfalmente,  
como auríferos clarines en la arena del torneo!  
Detrás marchan, coronados de laureles y de rosas,  
los gallardos paladines...  
Rubios pajes de la Reina del Ensueño...  
Es de oro su armadura. Sus corceles son de nieve.  
El Amor es su divisa. Su acicate es el Deseo.

.....

De las altas ojivales en los vidrios de colores,  
temblorosa la alborada deja un beso  
de oro y rosa. Vibra un órgano,  
bajo el ritmo de los dedos  
musicales de una pálida novicia  
de ojos tristes y enlutados.

Ante el Cristo, silencioso, que agoniza en el madero,  
hay dos novios, de rodillas,  
con las manos enlazadas y los labios entreabiertos.

Vierte el cirio la tristeza de sus lágrimas de oro;  
como flor mística, exhala sus perfumes el incienso,  
y en el cáliz sacrosanto resplandece  
la pureza inmaculada del Cordero.

.....



Sube al monte. Los señores del castillo: —¡Hon-  
 nuestra mesa! ¡Pasa, y bebe una copa en nuestra orgía!  
 Y el viajero, sin pararse, les responde tristemente:  
 —¡Vuestra mesa no es mi mesa!  
 ¡Vuestra copa no es la mía!

Huella el hielo de las cumbres.  
 En la cima de un convento:  
 —¡De Jesús —dicen los monjes— el apoyo solicita!  
 —¡Vuestro credo no es mi credo!—les contesta el pe-  
 [regrino.  
 Y en silencio, por la nieve, lentamente se encamina.

.....

Han pasado varios siglos. Y aun por valles y mon-  
 [tañas,  
 despreciando los consuelos y placeres que le brindan,  
 va el viajero misterioso,  
 lentamente, lentamente, caminando todavía...



**DE « LA MUSA ENFERMA »**



## Miserere

A ALFONSO MONJE AVELLANEDA

¡Oh, enlutados y tristes romeros,  
leprosos, mendigos, tullidos, poetas,  
almas devoradas por todos los vicios,  
carnes corroidas por todas las lepras...!  
¡Recorred, entonando plegarias,  
los caminos que van a la iglesia!

¡Dadme un fuerte bordón, peregrinos...!  
Un apoyo, un sostén... Aunque sea,  
¡oh, leproso!, tu mano deforme,  
de sudor y de escamas cubierta!  
¡Y arrastrando como una serpiente,  
con el cuerpo pegado a la tierra,  
seguiré vuestro lento desfile,  
a través de las sombras eternas!

¡Tú conoces el tedio, tullido,  
que en la noche caminas a tientas,  
arrastrando el dolor de tu carne  
y el terror de tu enferma conciencia!

¡Tú conoces el tedio...! Lo sientes,  
como plomo, pesar en tus venas...  
¡Paraliza tus miembros exangües,  
y tu planta a la tierra sujeta!

¡Sigue, sigue, a la luz de los cirios,  
los caminos que van a la iglesia...!  
Besarás con tus labios piadosos,  
del Dios Bueno, la mística enseña;  
y dejando tu exvoto en el atrio,  
tornarás limpio y sano a tu aldea,  
al hogar apacible y alegre,  
donde amante la esposa te espera,  
y los hijos, tendidos los brazos,  
con sus risas celebran la vuelta!

¡Oh, leproso de piel de serpiente  
y feroces pupilas de hiena,  
que a través de los largos caminos  
vas aullando tus trágicas penas!

¡Tú conoces los hondos dolores  
que devoran las almas enfermas!  
Tus hidrópicas manos hinchadas  
—¡más que manos, son zarpas de fiera!—  
manan sangre al contacto del báculo,  
y al calor de los cirios chirrean;  
y tus pies purulentos y negros  
entrojecen las lóbregas sendas...

Con la fiebre rechinan tus dientes,  
y tu carne, podrida y sangrienta,  
se deshace a jirones, roída  
por el diente voraz de la lepra...

¡Sigue, sigue, cantando en la sombra,  
los caminos que van a la iglesia!

Al pasar los umbrales del templo,  
besarás, prosternado, la tierra;  
te hundirás en las aguas lustrales  
y ahogarás tus miserias en ellas...!

Y, ya libre del mal, sonriente  
volverás a tu hogar, donde trémula,  
coronada de flores nupciales,  
tu ideal prometida te espera!

¡Entonando piadosas plegarias,  
negras sombras de inmensas tristezas,  
proseguid, a la luz de los cirios,  
los caminos que van a la iglesia...!  
¡Recorred las campiñas dormidas  
y las tristes ciudades desiertas!

Brilla el alba; y en el santuario,  
que aun en velos envuelven las nieblas,  
las campanas, de júbilo locas,  
repicando convocan a fiesta...!

Al compás de los sonos del órgano  
que en las bóvedas santas resuena,  
el Vicario, luciendo entre cirios  
la bordada casulla de seda,  
la blancura inmortal de la hostia  
en sus dedos ungidos eleva...!

¡Penetrad entonando plegarias,  
leprosos, tullidos, mendigos, poetas...!  
Yo, al miraros salir, silencioso,  
como estatua yacente a la puerta,  
implorando una santa limosna,  
tenderé tembloroso mi diestra,  
¡donde aun sangran los clavos de hierro  
que a la cruz la tuvieron sujeta!



## EL ALTO DE LOS BOHEMIOS



## Preludio interior

A SILVIO REBELLO

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,  
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,  
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente  
a morder las manzanas de la sabiduría.

Fuí de la tierra esclavo. Su liviana armonía  
dió a mis lascivos cantos la maliciosa fuente,  
y en los surcos estériles malogré la simiente  
de todo lo que dentro de mi sér florecía!

Huiré solo, al desierto. Viviré en mi caverna,  
a los pies de mi alma, la atormentada eterna;  
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,  
¡y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos,  
ajustaré mis versos al ritmo de mi vida!

## El alto de los bohemios

A ANTONIO MACHADO

La lámpara esparce sus tenues fulgores;  
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,  
un canto, que evoca remotos amores,  
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda a la aurora;  
surgen los preludios de la serenata;  
vuelan hojas secas, y una fuente llora,  
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas; ladran los lebreles;  
a fiesta convoca la alegre campana;  
y entre panderetas y entre cascabeles,  
se acercan las músicas de una caravana...

¡Adustos bohemios, reyes andrajosos,  
que cruzáis del mundo los vastos confines,  
siempre pensativos, tristes y ojerosos,  
sollozando amores en vuestros violines...!

¡Parad un instante bajo mi ventana,  
y con vuestros cantos calmad mi amargura,  
que quiero mostrarte mi mano, gitana,  
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,  
barbas desgreñadas, ojos asesinos...!  
¡Vuestro último canto se llevan los vientos  
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemía, errante adivina,  
que hoy gimes amores bajo mi ventana...!  
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:  
¿Bajo qué balcones gemirás mañana...?

¿Dónde vas, inquieta y hábil tañedora  
del arpa que vibra doliente en mi reja...?  
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,  
y que con el eco de tu voz se aleja!

Cabellos de oro, perfil vacilante,  
labios enfermizos, grandes ojos claros  
donde mi esperanza contemplé un instante,  
¿junto a qué camino volveré a encontraros...?

La música errante se va lentamente,  
como los rumores de una serenata,  
y sólo se escucha la voz de la fuente  
que muere en un hilo de trémula plata...

## La sombra de las manos

A RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

¡Oh, enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas...!

¡Qué pena me da miraros,  
inmóviles y enlazadas,  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,  
mano de ensueño y nostalgia,  
hecha con rayos de luna  
y palideces de nácar...!

¡Vuelve a suspirar amores  
en las teclas olvidadas...!

¡Oh, piadosa mano mística...!  
Fuiste bálsamo en la llaga  
de los leprosos; peinaste  
las guedejas desgredadas  
de los pálidos poetas;  
acariciaste la barba  
florida de los apóstoles  
y los viejos patriarcas;  
y en las fiestas de la carne,  
como una azucena, pálida,  
quedaste en brazos de un beso,  
de placer extenuada...!

¡Oh, manos arrepentidas...!  
¡Oh, manos atormentadas...!

En vosotras han ardido  
los carbones de la Gracia.

En vuestros dedos de nieve  
soñó amores la esmeralda;  
fulguraron los diamantes  
como temblorosas lágrimas,  
y entreabrieron los rubíes  
sus pupilas escarlata.

Junto al tálamo florido,  
en la noche epitalámica,  
temblorosas desatasteis  
de una virgen las sandalias.

¡Oh, mano exangüe, dormida  
entre flores funerarias...!

Los ricos trajes de seda,  
esperando tu llegada,

envejecen en las sombras  
de la aldea solitaria...

En la argéntea rueca, donde  
áureos ensueños hilabas,  
hoy melancólicas tejen  
sus tristezas arañas...

Abierto te espera el clave;  
y sus teclas empolvadas  
aun de tus pálidos dedos  
las blancas señales guardan.

En el jardín, las palomas  
están tristes y calladas,  
con la cabeza escondida  
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba, el poeta  
inclina la frente pálida;  
y sus pupilas vidriosas  
en el fondo de la caja,  
aun abiertas permanecen,  
esperando tu llegada!

¡Blancas sombras, blancas sombras  
de aquellas manos tan blancas,  
que en las sendas florecidas  
de mi juventud lozana,  
deshojaron la impoluta  
margarita de mi alma...!  
¿Por qué oprimís en la noche,  
como un dogal, mi garganta?

¡Blancas manos...! ¡Azucenas  
por mis manos deshojadas...!

---

¿Por qué vuestras finas uñas  
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas...!

¡Qué pena me da miraros,  
inmóviles y enlazadas,  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

### El jardín de los besos

Ya no cruzamos el jardín sombrío  
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del Otoño absorbe  
la sangre de las rosas deshojadas;  
y en el fondo del parque, resbalando,  
como caricias de sutiles alas,  
el eco moribundo de tus besos  
nuestros amores imposibles canta!

Y es tan doliente la canción, que el aire  
tiembla medroso entre las mustias ramas;  
las lechuzas, pupilas de la noche,  
esconden la cabeza bajo el ala,  
y la Luna, amarilla y temblorosa,  
resbala en el azul como una lágrima!

¡Oh, tus alegres besos...! Han reído  
en la nupcial alcoba solitaria,  
en las augustas bóvedas del templo  
y en los sangrientos campos de batalla!

¡Oh, tus piadosos besos...! Se han posado  
en el seno de todas las desgracias,  
en los labios de todas las heridas  
y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa  
de tus besos! Gorjea entre las ramas  
del limonero en flor; lanza en la fuente  
su penacho de frescas carcajadas;  
como enjambre de risas aletea  
en el rosal que alegra tu ventana;  
duerme en el arco del violín; suspira  
en la errante y nocturna serenata,  
y en las blancas cortinas de mi lecho,  
con perezosa lentitud resbala,  
como rumor de encajes que se aleja  
y en las alfombras del salón se apaga...!

La Luna muere en el azul... La brisa  
se duerme temerosa entre las ramas;  
y sólo turban el silencio fúnebre  
de la obscura avenida solitaria,  
los temblores del musgo, donde late  
el misterioso corazón del agua!

## La Bella Durmiente

A NILO FABRA

Siento en sueños que acerca a mi oído  
el temblor de sus labios un hada,  
y me anuncia el paraje escondido,  
donde espera el Amor mi llegada.

Allí reina ideal Primavera;  
es el viejo país encantado,  
donde el solo monarca que impera  
es un mago de manto estrellado.

Hay palacios de oro y diamantes,  
y jardines en flor fabulosos,  
que custodian dragones rampantes  
y vigilan enanos celosos.

Entre flores de raras esencias,  
silba el mirlo sus risas triunfales,  
y se apagan lejanas cadencias  
y alaridos de pavos reales.

Y en el fondo del parque, arrullada  
por el claro cristal de la fuente,  
con la rueda a los pies olvidada,  
duerme y sueña mi Bella Durmiente...

Duerme y sueña feliz, cual si una  
boca amante sus labios besara...  
¡Se ha dormido el fulgor de la Luna  
en la hostia de luz de su cara!

¿Quién hará, blanco lirio encantado,  
que tu vida al amor se despierte...?  
¿Será el beso nupcial del amado,  
o el abrazo feroz de la muerte?

¡Quién tuviera la forma gallarda  
de aquel héroe del lírico canto,  
para ahogar al dragón que te guarda,  
y romper, con mis besos, tu encanto!

Ríe el tiempo en su máscara loca;  
y al arrullo fugaz de la fuente,  
con la risa temblando en la boca,  
duerme y sueña mi Bella Durmiente...

## Flor del camino

El agua de tu ánfora, bella Samaritana,  
bajo las tres palmeras del pozo me ofreciste.  
Ardía el sol, cantaban las cigarras, y triste  
perdíase a lo lejos la errante caravana.

Te pregunté quién eras. Y sonriendo ufana:  
—¿Qué te importa mi nombre...? Soy el Amor—dijiste...  
Y entre nubes de polvo, cantando, te perdiste  
por las áridas sendas de la ciudad lejana.

Siempre que mi sed sacio, si gozo, es porque creo  
que el agua de tus ánforas apaga mi deseo...  
¡Oh, tú, la más piadosa de las consoladoras...!

¿Quién eres...? ¿Dónde fuiste...? ¡De tu imagen bendita  
sólo el recuerdo guardo, como una flor marchita,  
entre las viejas páginas de este libro de Horas!

### Perfume antiguo

Abri con mano perezosa y trémula  
el viejo estuche de oxidada plata,  
y una esencia sutil de flores mustias  
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía  
las nobles armaduras; arrancaba  
relámpagos de sangre a los damascos;  
temblaba en el cristal de las arañas,  
y un incendio de púrpura fingía  
en las antiguas lunas venecianas!

¡Tristeza de salones seculares...!  
El viejo terciopelo tiene alma,  
y al ondular se queja, recordando  
historias y canciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.  
Crujen las sedas de los muebles... Hablan  
de lejanos recuerdos; se refieren  
sus últimos amores, en voz baja...

Y la leve patina de los siglos,  
con un temblor de lágrimas empañá  
los antiguos espejos, que semejan  
verdes lagunas de dormidas aguas...

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,  
visión alucinante, visión blanca,  
que desde el fondo obscuro de ese cuadro  
me ofreces un amor sin esperanza...!

¡Oh, busto de marfil, donde la Muerte  
borró los tonos de la Vida...! Grana  
de los labios risueños, rosas frescas  
de las dulces mejillas, esmeraldas  
de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto...!

¡Sólo el tiempo dejó la nota blanca...!  
Nota blanca que turba solamente  
el fulgor de un rubí, que entre las pálidas  
camelias de tus manos, rojo imita  
una gota de sangre coagulada!

## Tarantela

A ANTONIO MARI

A las tímidas caricias  
de una mano fina y pálida,  
de una mano moribunda, que parece la de Cristo  
de la cruz desenclavada,  
en las teclas del harmonium despertaron, sollozantes,  
de la antigua tarantela las cadencias olvidadas.

Y al compás de los acordes de la vieja melodía,  
de sus lóbregos telares descendieron las arañas;  
y en los altos campanarios salmodiaron al crepúsculo,  
con sus bronces sepulcrales, las fatídicas campanas!

Las arañas son amigas de las ruinas. El cansancio  
de sus lánguidas pupilas se refleja en la mirada;  
y al andar, sus tardos pasos, tristes copian el desfile  
de la errante caravana,

que soñando con las húmedas cisternas,  
cruza, lenta y fatigosa, las llanuras solitarias!

¡Oh, poetas, tejedores silenciosos,  
melancólicas arañas,  
que en la red de vuestros versos  
se entremezclan prisioneros  
todos los sueños que cruzan el azul de nuestras almas!

¡Cantad lo móvil, lo errante,  
lo que fugitivo pasa...!

¡Mejillas que enrojecieron  
al chocar nuestras miradas;  
ojos que de paso vimos  
brillar tras una ventana...!

Fugitivas vibraciones, pasajeras melodías  
de cantares y de besos y de músicas lejanas  
que a la vuelta de un camino se perdieron para siempre  
entre el eco de las fuentes y el murmullo de las ramas...  
¿Dónde fueron vuestras notas...? ¿Bajo qué balcón florido  
entonáis ahora, bohemios, vuestra errante serenata?

Triste canción, que una noche  
de luna, gimiendo plácida,  
detuvo mi paso errante  
junto a una reja entornada...  
¡Vuelve a turbar el reposo  
de las calles solitarias!

Rojos violines de zíngaros  
que evocásteis mis nostalgias  
en aquella alegre tarde  
de recuerdos y esperanzas...  
¡Volved a gemir amores  
debajo de mi ventana!

¡Oh, voz piadosa, voz trémula,  
voz de cristal y de lágrimas...!  
¿Por qué no alegran tus risas  
el silencio de mi alma?

La blanca mano de Cristo desaparece en la sombra;  
el harmonium gime, y calla;  
y entre el oro del crepúsculo, una pálida bohemia,  
debajo de mis balcones, cantando y bailando pasa,  
y se pierde, con el lírico sollozar de los violines  
a lo largo del sendero que perfuman las acacias...

En el aire hay un sonoro florecer de golondrinas;  
y a compás del argentino repicar de las campanas,  
en los blancos cortinajes de mi lecho solitario  
—blando nido que deshizo el furor de la borrasca—  
un poema de caricias y de amores fugitivos  
en sus redes de oro tejen, temblorosas, las arañas...!

## Paisaje

A RAMÓN SANCHEZ DIAZ

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento...  
El supremo cansancio... La llama infinita...  
En un sopor de fiebre la atmósfera dormita,  
y jadeante abrasa de la tierra el aliento!

¡Todo polvo...! Se duerme aletargado el viento...  
Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita...  
La nota agria y aguda de la cruz de una ermita  
perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña, proyecta en la llanura  
su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean  
la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino,

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura;  
y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean,  
con lenta pesadumbre, las aspas de un molino!

## Octubre

A JOSÉ RIQUELME FLORES

Sólo un mirlo, burlón, silba en la copa  
de un álamo que, tenue, mece el viento.  
De pronto, una canción dulce y lejana  
turba de las campiñas el silencio...

Son los vendimiadores. Ellas, rojas,  
de pámpanos ceñidos los cabellos,  
y temblando en las redes del corpiño,  
las candidas palomas de los senos  
vienen cantando el himno del Otoño,  
con los brazos en alto, sosteniendo  
sobre sus frentes, por el sol tostadas,  
con gracia de caniforas, en cestos  
de mimbre, los racimos donde hierve  
la divina embriaguez del vino nuevo.  
Ellos detrás, alegres y danzantes,

*Mis mejores poesías.*—11

atraviesan los húmedos senderos,  
con la flauta en el labio, y temblorosos  
sobre el registro los movibles dedos.  
Cruzan hollando las marchitas hojas...  
Entre rumor de risas y de besos  
se pierden las cadencias de la música,  
y en lentas gradaciones van muriendo...!

En los lejanos bosques llamearon  
los resplandores de otoñal incendio;  
y el humo de los últimos hogares  
elevábase, rígido, a los cielos...  
Una hoja seca palpitó en los aires;  
entre las ramas onduló un momento,  
y cual dorada mariposa herida,  
alleteando descendió hasta el suelo!

## Crepúsculo

A RICARDO CALVO

Los enamorados cruzan la floresta,  
unidas las blancas manos temblorosas,  
y triunfal recorre la ciudad en fiesta,  
otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas;  
músicas bohemias pueblan los jardines,  
y entre los rosales, sobre las terrazas,  
un canto de amores gimen los violines...

Ligera armonía de notas inquietas  
vuela en las campanas, vibra en los pianos,  
ríe en el estruendo de las panderetas  
y tiembla en las arpas de los saboyanos...

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas  
que invitáis con vuestros misterios de nido,  
a estrechar el talle de nuestras queridas  
y a decirnos frases de amor, al oído;

en todas vosotras asistí a una cita...!  
¡Conozco el paraje más bello y ameno,  
y sé el banco rústico que, escondido, incita  
a inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo, que tristeza inspiran,  
sois las predilectas de las almas locas...!  
¡Entre vuestras sombras, los ojos se miran,  
las manos se buscan y se unen las bocas!

Las brumas invaden los viejos jardines;  
un rumor de danzas se extingue en las plazas,  
y doliente y trémula, sobre las terrazas,  
la nota postrera vibra en los violines...

En las calles solas, las primeras luces  
entre las tinieblas arden temblorosas,  
mientras de las torres, en las altas cruces,  
deshoja el crepúsculo sus últimas rosas...

## Nocturno

La noche tiende sobre el mundo muerto  
su lóbrega mortaja.

Surgen negras serpientes del abismo;  
ascienden por las ásperas montañas;  
ruedan al valle; cruzan los senderos;  
lentas invaden la ciudad; resbalan  
por los muros, se enroscan a los árboles,  
y en los verdes juncuales del pantano  
asoman la cabeza, y, asombradas,  
permanecen inmóviles, mirándose  
en el profundo espejo de las aguas!

¡Es la hora negra del dolor...! La cita  
de las almas que viven separadas  
por una eternidad. Tiembla en los muros  
la sombra de un murciélago que pasa.

¡Ya no hay recuerdos del ayer...! Mis labios  
no secan la amargura de tus lágrimas,  
ni oigo tu voz, desfalleciente y trémula,  
que en la incoherencia del placer me llama.

¡Tan sólo en el silencio, al apagarse  
los últimos fulgores de mi lámpara,  
aun parece que escucho el ruido, tenue  
como rumor de seda acariciada,  
que producen tus manos inexpertas  
al desatar, temblando, tus sandalias!

## Canción de Otoño

A CRISTÓBAL DE CASTRO

De los montes descienden las nieblas,  
como sombras que bajan del cielo.

Cantelosas avanzan temblando  
por los húmedos campos desiertos;  
se apoderan de todas las cimas;  
se deslizan por todos los huecos;  
las florestas invaden, y asaltan  
el audaz campanario del templo,  
y en las altas veletas despliegan  
su triunfante bandera a los vientos.

Unas, fingen castillos fantásticos;  
otras, luchas de monstruos quiméricos;  
y las hay tan fugaces y pálidas,  
que semejan desfile de muertos...

¿Dónde vais, vagas sombras, perdidas  
en los giros volubles del viento...?  
¿Dónde han ido mis viejos amores...?  
¿Quiénes fieles y amantes me fueron...?

¡Tú, la blanca de trenzas de oro,  
que iluminan del sol los reflejos,  
fuiste el símbolo puro y alegre  
de mis castos amores primeros!

¡Oh, morena de lúbricos ojos,  
ha temblado en mis brazos tu cuerpo,  
y en el rojo clavel de tu boca  
se ha embriagado mi boca de besos!

¡Enlutada de pálido rostro,  
entre cirios y flores de almendro,  
yo he deshecho la cruz de tus manos  
y he cerrado tus ojos abiertos...!

De repente fulgura el relámpago;  
se oye el ronco rugido del trueno;  
y las nieblas, confusas y trémulas,  
de las lívidas luces huyendo,  
se deshacen en lluvia de lágrimas  
en la calma profunda del cielo!

## La canción del hogar

A MAYER GARCÍA

### I

Olvidaremos el pasado. Huiremos  
cuando la noche llegue;  
cuando reine la sombra, y no se vean  
blanquear las paredes  
del hogar, ni los cantos de la esposa  
entre las flores del jardín resuenen.

### II

Cruzaremos la cumbre solitaria  
de las nieves perennes...

—¿Dónde vas, ¡oh, viajero!, entre las sombras  
de la noche solemne?

¿Dónde vas...? El nublado se aproxima,  
la tempestad se cierne,  
y el lobo, aullando, sigue  
la huella de tus pasos en la nieve!  
—nos dirán los pastores, sujetando  
al mastín, que gruñendo sordamente,  
en el dintel de la cabaña, enseña  
la lívida blancura de sus dientes.

## III

Despertarán nuestros piafantes potros  
a la ciudad, que en las tinieblas duerme.

—¿Dónde vas, caminante? Brama el trueno.  
Nieva... La luz del rayo resplandece...  
No hay posada, y borrarón los caminos  
las aguas desbordantes del torrente!  
—dirá el hombre del llano; y mientras, cauto,  
para vernos mejor, la luz eleve,  
por la entreabierta puerta miraremos  
el santo hogar y la fogata alegre,  
la limpia alcoba y el nevado lecho,  
donde una virgen, esperando, duerme...

## IV

Cruzaremos jardines encantados  
y desiertos estériles.

—¿Dónde vas, pasajero taciturno?  
¡Silban en el camino las serpientes;  
ruge el león, y acecha en los pantanos  
la insaciable pantera de la fiebre!  
—exclamará el errante beduino,

sujetando, al pasar, nuestros corceles.  
Y bajo el lino de la blanca herida,  
entre esquilas y claros cascabeles  
de camellos, oiremos las canciones  
con que al hogar celebran sus mujeres.

## V

Pisaremos la playa, y fletaremos  
la embarcación más débil.

—¿Dónde vas, marinero temerario?  
¡El mar, ronco de rabia, se estremece,  
y sobre el dorso de las olas chocan  
los tiburones sus voraces dientes!  
—nos gritarán los viejos pescadores,  
desde la humilde choza, mientras tejen  
en torno del hogar, junto a los hijos,  
la destrenzada urdimbre de sus redes.

## VI

En la ligera embarcación, iremos  
donde el capricho de la mar nos lleve,  
y entre el rugir del viento y de las olas,  
a todo amor humano indiferentes,  
náufragos del hogar, entonaremos  
nuestros epitalamios a la Muerte!

## Rapsodia

A MANUEL CARDIA

¡Es la Vida tan árida...! ¡Es tan triste la Vida,  
que no vale la pena de esperar la partida...!

¡De esperar la partida del barco amarillento,  
donde la Muerte arroja sus cenizas al viento...!

¡Alma mía, no llores! ¡Está franca la puerta  
que conduce al ensueño! En la playa desierta

no hay manos cariñosas que agiten el pañuelo,  
ni pupilas amantes que interroguen al cielo,

pidiendo a Dios clemencia, llorando tu partida...  
¡Abandona las playas donde queda la Vida...!

¿Qué te dejas en ella...? El sepulcro entreabierto  
de tus locas quimeras, la aridez del desierto...

La carne es el martirio del amor... (El veneno  
del áspid, a quien dimos calor en nuestro seno.)

Su beso muerde. Ahoga su abrazo de pantera.  
Se bebe nuestra sangre con avaricia fiera,

y cuando entre sus garras se agota nuestro brío,  
nos arroja a las bestias feroces del hastío.

En brazos de la carne morir de amores quiero...  
¡Oh, espasmo fugitivo del goce pasajero...!

¿Por qué no ahogas al triste que en tus senos olvida,  
por un instante, el tedio profundo de la Vida...?

Es la gloria espejismo del desierto del mundo;  
áncora a que se acoge el nauta moribundo;

inscripción dolorosa que el sacrificio indica;  
la cruz donde el escarnio al genio crucifica...

La senda está poblada de víboras y abrojos...  
¡De tanto llorar ciegan los soñadores ojos

que elevan sus miradas, con honda pesadumbre,  
sintiendo las nostalgias de la gloriosa cumbre!

Nada te liga al puerto de la Vida, alma mía...  
En los mares se apaga el incendio del día;

los tripulantes cantan, y misterioso viento  
hincha las rojas velas del barco amarillento...

---

¿Qué importan los dolores de la cruel partida?  
¿Qué importa que se quede, sonriendo, la Vida,

a los pocos placeres, en la estéril ribera  
del mundo, si a lo lejos, amante nos espera,

coronada de estrellas, de eternidad vestida,  
con los brazos abiertos, nuestra fiel Prometida?

## Renacimiento

A MANUEL REINA

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje;  
y cuando quiero, ríe; y cuando quiero, vuela;  
y he domado a mi estilo, como a un potro salvaje,  
a veces con el látigo, y a veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,  
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela;  
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje  
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,  
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,  
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales...

¡Y es el eterno y único ensueño de mi estilo,  
la encarnación del alma cristiana de María  
en el mármol pagano de la Venus de Milo!

## Pan

A M. GIGES APARICIO

Soy un alma pagana. Adoro al Dios bifronte,  
y persigo a las ninfas por las verdes florestas;  
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,  
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura, de nuevo, el hori-  
[zonte;  
que canten las cigarras en las cálidas siestas,  
y que las ninfas dancen al son del sistro, expuestas  
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo...! ¡Yo sigo la armonía  
de tus pies, cuando danzas...! ¡Por ti amo la alegría,  
y a las desnudas ninfas persigo por el prado...!

¡Tus alegres canciones disipan mi tristeza;  
y la flauta de caña que tañes, me ha iniciado  
en todos los misterios de la eterna Belleza!

## Histórica

A GUILLERMO VALENCIA

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,  
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,  
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,  
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con los ergástulos de la Roma pagana;  
cruzar desnuda el Coso, con el cabello al viento;  
y embriagarse de amores, en el Circo sangriento,  
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso, veloz salta a la arena,  
ensangrentando el oro de su rubia melena.  
Abre las rojas fauces... A la bacante mira...

Salta sobre sus pechos; a su cuerpo se abraza...  
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,  
los párpados entorna..., y sonriendo expira!

*Mis mejores poesías.*—12

### Ave, Femina

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.  
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.  
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita,  
y en tu seno las blancas magnolias del Pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.  
El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,  
y la eterna sonrisa de tu boca maldita,  
de pálidos suicidas al Infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!  
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,  
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...  
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,  
y Cristo, en el Calvario, recuerda a Magdalena!

## La sonrisa del fauno

A MANUEL MACHADO

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas,  
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,  
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...  
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,  
y en una loca orgía de luces y colores,  
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...  
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

—¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!  
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?  
—los hombres preguntaron, en una edad lejana,

a un Fauno que en las frondas oculto, sonreía...  
Hace ya muchos siglos..., y, en la conciencia humana,  
el Fauno, a esa pregunta, sonríe todavía!

## Pagana

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

El cisne se acercó; trémula Leda  
la mano hunde en la nieve del plumaje,  
y se adormece el alma del paisaje  
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;  
gorjea un ruiseñor entre el ramaje,  
y un toro, ebrio de amor, muge salvaje,  
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,  
y con el ala—cándido abanico—  
acarició los senos y el cabello...

Leda dió un grito, y se quedó extasiada...  
Y el cisne levantó, rojo, su pico,  
como triunfal insignia ensangrentada!

## Venus de Milo

A ANTONIO DE HOYOS

De la Grecia y de Italia, bajo los claros cielos,  
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,  
y ofrendaron las vírgenes al pie de tus altares  
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy, triste y solitaria, en el parque sombrío,  
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,  
bajo la pesadumbre de los cielos nublados,  
el mármol de tu carne se estremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afrodita?  
Ya la pánica flauta en los bosques no invita  
a danzar a los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huido la Alegría; ha muerto la Belleza...  
No hay risas en los labios, y una inmensa tristeza  
cubre, como un sudario, las almas y las cosas!

## Vendimia

A RAMÓN GODÓY

La tarde en los viñedos parpadea,  
y en la embriaguez erótica del vino,  
sobre algún seno virginal se arquea  
el bronce de algún torso masculino.

Finge el aire la angustia de una queja;  
y la tarde, en sus cárdenos crespones,  
sobre el zafiro de la mar refleja  
la sangre de las bruscas violaciones.

Y el viejo Pan, también ebrio de amores,  
sopla, bajo sus dedos tembladores,  
el caramillo, al borde del camino;

y hace danzar, entre sus patas fuertes  
y lanudas, un raudó remolino  
de hojas marchitas y de flores muertas!

## La muerte del sátiro

AL CONDE D'ARNOSO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo  
y grises troncos húmedos que apenas mueve el viento,  
bajo una encina un sátiro de rostro macilento,  
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo  
las sombras fugitivas de algún presentimiento,  
y entre los dedos débiles, el rústico instrumento  
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

¡Es una triste música...! ¡Vieja canción que evoca  
aquel beso primero que arrebató a la boca  
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida...!

¡Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso  
de la Muerte, y el último suspiro de su vida  
tiembla, en el caramillo, como si fuese un beso!

## Póstuma

A DIAS D'OLIVEIRA

¡Para cantar mi muerte quiero un verso pagano;  
un verso que refleje la cándida tristeza  
del azahar, que trémulo, deshoja su pureza,  
a las blancas caricias de una tímida mano!

¡No amortajéis mi cuerpo con el sayal cristiano;  
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,  
y prestadme un sudario digno, por su riqueza,  
de envolver a un fastuoso emperador romano!

¡Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba!  
¡Yo amo al sol —luz y vida—, y quiero que en mi tumba  
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores!

¡Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta  
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores  
en torno de la estatua de su muerto poeta...!

## Anacreóntica

A MARIO PINTO RIBEIRO

Para escanciar el vino de mi viña temprana,  
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro  
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro  
seno que sorprendiese jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,  
y en ella están grabados, entre vides y flores  
y sátiros que acechan, los lúbricos amores  
de Leda con el Cisne, y el Toro con Europa.

Amada, ¡bebe y bésame! Al destino no temas,  
que al borde de la copa rebotante de gemas,  
cincaló Anacreonte estos versos divinos,

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra:  
«¡Bebe, ama y alégrate, mientras sobre la tierra  
haya labios de rosas y perfumados vinos!»

### Camafeo

Con el fervor de un lapidario antiguo,  
quiero miniar, a solas y en secreto,  
la tentación de tu perfil ambiguo  
en las catorce gemas de un soneto.

Para nimbar tu tez blanca y severa,  
a modo griego, cual real tesoro,  
recogerá tu negra cabellera  
sobre la nuca, un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada  
la túnica, e inmóvil la mirada,  
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos  
sobre el registro, en gestos armoniosos,  
tus dedos enjoyados de amatistas!

### La última elegía

¡Alma mía! ¡Soñemos con la estación florida!  
Abril, lleno de rosas, a nuestro encuentro avanza...  
¡El Arte será el último refugio de la Vida  
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza!

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.  
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...  
¡Haz de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,  
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.  
Labremos un sarcófago digno, por su riqueza,  
de encerrar las cenizas de dos emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:  
«¡Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza,  
llorando las nostalgias de su eterna alegría!»



## RAPSODIAS



## Ofertorio

En esas horas íntimas de gran recogimiento,  
cuando escuchamos hasta girar agonizante  
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,  
como una mariposa, un vago pensamiento;

cuando en la mano helada de una tristeza inmensa,  
el corazón sentimos temblar, aprisionado,  
con un latir medroso de pájaro asustado,  
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa;

cuando en el gran silencio nocturno se percibe  
el hálito más tenue, el son más fugitivo,  
y se funden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice a mi oído, con voz muy baja: «¡Escribe...!»  
¡Y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo  
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos!

### Las niñas grises

El sol apagaba sus rojos fulgores,  
tiñendo de rosas las cumbres lejanas,  
cuando por el parque, cubierto de flores,  
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,  
con los ojos tímidos fijos en el suelo,  
como si pidiesen para su tristeza,  
a la Tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,  
en largas y grises hileras iguales;  
y sus rostros pálidos semejaban rosas,  
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida,  
sin hallar un nido donde las esperen...  
¡Triste es su llegada, triste es su partida,  
y llorando nacen y llorando mueren!

En la noche nadie vigila su sueño.  
Sólo cuando cierran los ojos dolientes,  
baja el melancólico Angel del Ensueño,  
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra.. ¡Pálidas violetas  
que en el negro fango del vicio crecieron...!  
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,  
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.  
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...  
Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe  
si son nuestras hijas o nuestras hermanas...?

El eco del Angelus resuena a lo lejos.  
Todas se arrodillan y rezan en coro,  
y del sol poniente los vagos reflejos  
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

## Mediodía

A MARIO RAPISARDI

Ciegos horizontes...  
Humean los montes,  
entre la calina  
del sol. Una hoguera  
de polvo es el llano...

El aire calcina...  
En la carretera  
el eje de un carro lejano  
rechina...

Llanura desierta...  
¡Pobre tierra muerta...!  
Arido paisaje  
sin sombras ni viento...

Sólo algún perdido  
árbol retorcido  
dobla su ramaje  
seco y polvoriento...

Abrasa la planta  
la fiebre del suelo.  
Es de plomo el cielo...  
La cigarra canta  
su monotonía...

Bajo el sol ardiente  
sueña el alma mía  
—sola en el camino—  
con el claro chorro del agua bullente  
que salta espumosa  
la fresca y umbrosa  
presa del molino...!

Ciegos horizontes...  
Humean los montes,  
entre la calina  
del sol. Una nube  
de polvo es el llano...

El aire calcina...  
En la carretera  
el eje de un carro lejano  
rechina...

## Nieve

A FRANCESCO PASTOUCHI

Ni una brisa mueve  
la yerta enramada...

La nieve  
desciende callada  
sobre la llanura...

Reina en la casita  
—bajo la nevada—  
la paz infinita  
de una sepultura.

No turba la senda desierta  
ni el vuelo de un ave...

Rechina una llave;  
se entreabre una puerta;  
y entre la neblina  
gris de la mañana,  
vibra la argentina  
voz de una campana  
lejana...

La nevada ciega...  
Por aquel sendero,  
temerosa llega  
la visión que espero...

Y sobre el paisaje,  
cubierto de bruma,  
se pierde y se esfuma  
lo blanco del traje.

Ni una brisa mueve  
la yerba enramada...

La nieve  
desciende callada  
sobre la llanura...

Reina en la casita  
—bajo la nevada—  
la paz infinita  
de una sepultura.

## Samaritana

A EUGENIO DE CASTRO

¡Es tu amor tan lejano...! La blanca casa abierta  
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero  
se hunden las polvorientas sandalias del viajero,

que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,  
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo; la tarde; tu pequeño  
jardín; todo aparece como a través de un sueño,

en el que tú, sentada al borde del camino,  
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino,

que, apoyado en su báculo, lentamente camina  
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo... —¡Entrad, hombre piadoso,  
entrad...! Bajo mi techo encontraréis reposo...

Con bálsamo de Arabia, con preciados ungüentos,  
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos...

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,  
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:  
—¡Entra, amado! ¡Te espera en su lecho la esposa!—

¡Ya jamás volveremos a encontrarnos! Romero  
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero

por esa laberíntica senda, larga y oscura,  
de la que no se vuelve jamás... Una Locura

me lleva de la mano, y me canta al oído,  
para dormir mis penas, la canción del Olvido...

¡Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía;  
una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, a la luz de la aurora,  
al verme de camino, en la ventana llora!

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos  
áridos, caravanas de otros nuevos romeros,

que, mientras en los mares la luz del sol declina,  
marchan, cantando salmos, hacia la Palestina.

¡Acaso tú, sentada al borde del sendero,  
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquel pálido y extraño peregrino,  
cuya larga silueta, más que ninguna, triste,

lentamente, a las luces de la mañana, viste  
borrarse entre las nubes de polvo del camino!

## La canción del regreso

A ABEL BOTELHO

La luz alborea...  
Entre húmedas rosas  
la casa blanquea...

Por sendas brumosas  
se esfuman borrosas  
siluetas.

Resuenan  
confusos rumores  
de voces lejanas...

Metálicas suenan  
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, desciende  
un rebaño... Hiende  
el espacio la alondra sonora,

Ladra un mastín, olfateando  
los zarzales en flor del camino...  
Canta una voz tímida, y una niña llora  
entre el polvoroso frescor del molino...

¡Deténte, viajero!  
¡Sacude tus viejas sandalias gastadas  
en las piedras de tanto sendero  
y entre el polvo de tantas jornadas...!

¡Estás en tu valle...! Contempla, a lo lejos,  
de la aurora a los claros reflejos,  
humeando tu hogar entre flores...

¿No llega a tu oído  
en la brisa, un cantar conocido  
que te evoca remotos amores?

Al mirarte cruzar la llanura,  
el labriego su paso detiene...  
Te saluda, y, muy quedo, murmura:  
«¡Qué delgado y qué pálido viene!»

La casa despierta...  
Abierta  
se ve la ventana...

Y entre los doseles  
de la enredadera,  
una mano de nieve, ligera,  
riega un tiesto de rojos claveles.

## Los ciegos

A MARIANO DE CAVIA

Gime en los jardines  
que deshoja el viento,  
un largo lamento  
de tristes violines.

Eco de congojas  
que muere inconsciente,  
entre el persistente  
temblor de las hojas.

Cruzan, tateando,  
los mendigos ciegos  
el parque, ensayando  
sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas  
suspiran, imploran...  
¡Parece que lloran  
olvidadas quejas!

Los ciegos caminan  
trabajosamente...

Tropiezan; inclinan  
la pálida frente;  
y se alejan lentos  
—los ojos clavados  
en sus pensamientos—,  
por los encharcados  
senderos, perdidos  
en una quimera,  
¡con el alma entera  
puesta en los oídos!

Pasan los violines  
su voz apagando,  
y se van quedando  
mudos los jardines...

A veces, un lento  
suspiro de pena,  
lejano resuena,  
temblando en el viento...

Eco de congojas  
que muere inconsciente,  
entre el persistente  
temblor de las hojas.

## La abuela

A LUIGI CAPUANA

Bajo la cofia blanca, el rostro amarillento  
de la anciana sonríe a un sueño color rosa,  
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa,  
recuerda, al clavicordio, un canto soñoliento.

Como ahogados suspiros, surgen de su garganta,  
de una canción antigua los ecos olvidados...  
Y los niños, el índice en los labios, parados  
en el dintel, murmuran: —¡Callad...! ¡La abuela canta!

«—¡Oh, mi amor, mi esperanza! ¿En dónde estás?  
[¿En dónde?»,  
parece que solloza la música severa...  
De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... ¡No responde...!  
¡Tiene el pálido rostro más blanco que la cera  
que ardiendo se consume sobre el antiguo clave!

## Egloga

A POMPEO MOLMENTI

El chorro de la fuente  
borbotea en el ánfora  
de barro que se llena,  
mientras la virgen, pálida,  
su sien con mano tímida  
ciñe de rosas blancas.

El sol fulge en el chorro  
borboteante...  
El ánfora  
lentamente, su trémulo  
ronco rumor apaga.

En aquel mediodía  
estival caminaba  
muerto de sed...

---

De pronto  
sentí correr el agua,  
y contemplé en la sombra  
tranquila de las palmas,  
la fuente, que al sol, era  
cantar vivo de plata...!

La virgen en su tímida  
cadera apoyó el ánfora,  
y la acercó a mis labios,  
nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse  
sus mejillas...

Temblaban  
las manos, y su seno,  
entre la tibia gasa  
de encaje, como un preso  
pájaro aleteaba...

## La fuente

A ANGIOLO ORVIETO

Modula su queja  
de cristal doliente  
la fuente...

Una fuente vieja,  
de piedra musgosa,  
que entre la espesura  
surge temblorosa,  
ebria de frescura...

Habla el agua, gime,  
ríe vacilante...  
—¡Voz del agua, dime  
tu canción errante!—

La fuente se queja;  
llora, se estremece  
de dolor... Parece  
que hablando, se aleja!

¡Nombres olvidados  
de viejos amores,  
lejanos rumores  
de besos callados...!

Todo eso que llora  
fugaz e incoherente,  
lo repite ahora  
la voz de la fuente...!

Lo escucho en la queja  
de cristal doliente  
que gime la fuente...

Una fuente vieja,  
de piedra musgosa,  
que entre la espesura  
surge temblorosa,  
ebria de frescura.

## Otoño

Otoño en el paisaje,  
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes  
de lágrimas... El hálito  
de algún rosal que el viento  
deshoja en el carcano  
jardín...

El cielo cruza  
un fugitivo bando  
de golondrinas...

Muere  
sobre tu seno un ramo  
de jazmines...

Se extingue  
por los valles lejanos  
un largo y lento doble  
de campanas.

Y un rayo  
humilde y temeroso

---

de sol poniente, entrando  
por el balcón, enciende  
de luz el empolvado  
oro de tus flotantes  
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje,  
Chopin en tu piano...

## La hermana

A BIANCA MARÍA CAMARANO

En tierra lejana  
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera  
mi llegada espera  
tras de la ventana.

Y a la golondrina  
que en sus rejas trina,  
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina  
que arrancaste a Cristo,  
dime si le has visto  
cruzar la llanura!—

El ave su queja  
lanza temerosa,

y en la tarde rosa,  
bajo el sol se aleja...

Desde su ventana,  
mi pálida hermana,  
pregunta al viajero  
que camina triste:

—¡Por tu amor primero,  
dime si le viste  
por ese sendero!—

Pero el pasajero  
su calvario sube,  
y se aleja lento,  
dejando una nube  
de polvo en el viento...

Desde su ventana,  
a la luna grita  
mi pálida hermana:

—¡Por la faz bendita  
del Crucificado,  
dime en qué sendero  
tu rayo postrero  
su paso ha alumbrado!—

La luna la vaga  
llanura ilumina,  
trémula declina,  
y en el mar se apaga...

Acaso yo errante  
pase vacilante  
bajo tu ventana;

---

y sin conocerme,  
mi pálida hermana,  
preguntas al verme  
venir tan lejano:

—Dime, peregrino,  
¿has visto a mi hermano  
por ese camino?

### La cita

En la tranquila alcoba perfumada  
aun la lámpara sueña, vacilante,  
nimbar la palidez de tu semblante  
con su suave claridad rosada.

Te presente en las sombras la mirada,  
y el corazón espera palpitante  
desfallecer de amor en el amante  
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,  
la vaga ondulación de tus vestidos,  
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano  
de tu pequeña y enguantada mano,  
que llama --toda trémula-- a mi puerta!

### Scherzo

Junto a la dudosa  
lámpara te espero...  
leyendo...

Una rosa  
muere en el florero.

Llueve...  
Lentamente  
desfilan las Horas...  
¿Por qué, alma impaciente,  
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta,  
aun sobre el piano  
la sonata abierta  
sueña con tu mano.

Suspira en el eco  
tu voz... La almohada,  
que aun conserva el hueco  
de tu sien, espera  
la lluvia dorada  
de tu cabellera...

Y perfuma el viento  
de la vieja estancia,  
la tibia fragancia  
que exhala tu aliento.

La clara y fulgente  
luz de la mañana  
brilla en la ventana  
abierta...

Se siente  
lejana campana...

El libro cerrado,  
la rosa marchita...  
El reloj parado  
señala la cita!

## Flor de Otoño

Cuando me sonríes tras la vidriera,  
de las tibias tardes a la luz dorada,  
fatigado y triste sobre la almohada,  
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto  
de una flor que muere cuando a abrirse empieza,  
y hay en tus pupilas tan honda tristeza,  
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,  
tu vuelo a la tierra se inclina ligero;  
y eres una efímera flor de invernadero,  
que tan sólo vives a fuerza de cuido!

Es más transparente cada vez tu mano;  
más amarillenta tu faz demacrada;  
y tu voz suspira, débil y apagada,  
como si viniese de un mundo lejano.

---

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto;  
nostalgias de antiguas primaveras sientes,  
y tus negros ojos, profundos y ardientes,  
parecen dos cirios que alumbran a un muerto.

Siempre pensativa, triste y ojerosa,  
notas que la vida voluble te deja;  
y el eco angustioso de tu tos semeja  
un golpe de azada, cavando una fosa!

Vestida de blanco, te pierdes como una  
quimera de nieve, por la noche en calma,  
como si tu cuerpo fuese todo alma,  
como si tu alma fuese toda luna!

Y los caminantes exclaman al verte  
subir de mi brazo agreste vereda:  
—¡Pobre flor de Otoño, qué poco le queda...!  
¡Lleva ya en la cara grabada la Muerte!

## Mística

A NICOLAS MARIA LOPEZ

En el viejo jardín de la abadía  
se alza de un santo monje la escultura,  
que turba, con su fúnebre blancura,  
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa las horas desafía,  
con la mirada inmóvil en la altura,  
y proyecta en la trémula espesura  
la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros ni suena una plegaria  
en el jardín. Tan sólo cuando vierte  
el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,  
como si bajo el mármol de la Muerte  
el rosal de la Vida floreciera!

## Las violetas

Entre la grama de la orilla abiertas,  
viendo las aguas resbalar tranquilas,  
nos recuerdan, a veces, las pupilas  
y las ojeras de las novias muertas...

¡Oh, mi primer amor...! ¡Melancolías  
futuras que tus ojos me auguraron...!  
Cogiendo una violeta, se encontraron  
tus manos temblorosas con las mías...

¿No te evoca, poeta, su fragancia,  
a la primera novia de tu infancia,  
cuyas cartas conservas, bajo llaves,

con tu primer soneto, en tus gavetas,  
y de la cual, ahora, sólo sabes  
que eran sus ojos como dos violetas...?

## Oremus

A LUIS BARREDA

A la luz de la lámpara, un Cristo agonizante,  
desfallece en la celda. De rodillas, escuálido,  
en éxtasis los ojos, yace un asceta pálido,  
inmóvil, como una marmórea estatua orante.

Clava los grandes iris en las llagas divinas,  
y los labios, que aroma de incienso la plegaria,  
tiemblan de unción... Su carne es una pasionaria,  
que, mustia, suda sangre bajo un sayal de espinas!

A medida que el beso de la oración su boca  
refresca y santifica, toda la vida loca  
y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas,

le devora en las llamas de cruentos martirios,  
poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,  
y en sus manos cruzadas palidez de azúcenas!

## Teresa de Avila

A FELIPE TRIGO

—Tanto, Señor, en mi locura os quiero,  
y es mi pasión tan honda y tan sincera,  
que por gozar vuestro sufrir, quisiera  
ser clavada con Vos en el madero.

Presa en la cárcel de la vida, espero  
que vuestra mano libertarme quiera,  
y es tan larga y tan lóbrega la espera,  
que muero, buen Jesús, porque no muero!—

Así clamó la Santa enamorada;  
y tras largo cilicio, extenuada,  
se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,  
ávido el labio y palpitante el pecho,  
esperando los besos del Esposo!

## La hora mística

A MARCELINO MEZQUITA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.  
En el cielo azuloso, profundo y transparente,  
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente,  
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se estremece en el viento.  
Todo duerme en la calma de la tarde silente.  
Se oye crecer el musgo, y en el alma se siente  
abrirse, como un cáliz, un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores  
del claustro. De rodillas escucha los clamores  
del órgano, que entona responsos funerarios,

y bendice a los monjes, que en estas tardes puras,  
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas  
al pie de los inmóviles cipreses solitarios!

## Pavana

A JULIO DANTAS

Sobre el antiguo clave,  
pálida mano blanca,  
toda llena de joyas,  
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,  
de encajes y de gasas,  
al despertar la música  
en el salón, se apaga.

Los muebles quedan solos...  
Y riman las casacas  
bordadas, con la seda  
pomposa de las faldas.

*Mis mejores poesías.*—15

---

Y envuelta en la humareda  
de luz de las arañas  
dentro de las floridas  
cornucopias doradas,  
ceremoniosamente  
se refleja una vaga  
inclinación de lentas  
pelucas empolvadas...

Sobre el antiguo clave,  
pálida mano blanca,  
toda llena de joyas,  
preludia una pavana.

## La rueca

A YOLANDA

La virgen cantaba;  
la dueña dormía;  
la rueca giraba,  
loca de alegría.

—¡Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!

¡Gira, rueca mía,  
gira, gira al viento...!  
¡Amanece el día  
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado  
mi velo de nieve,  
que vendrá el amado  
que al altar me lleve!

Se acerca... Le sienta  
cruzar la llanura...  
Sueña la ternura  
de su voz el viento...

¡Gira, rueda loca,  
gira, gira, gira...!  
¡Su labio suspira  
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana,  
cuando el alba cante  
la clara campana,  
llegará mi amante!

¡Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!—

La luz se apagaba;  
la dueña dormía;  
la virgen hilaba,  
y sólo se oía

la voz crepitante  
de la leña seca...,  
¡y el loco y constante  
girar de la rueda!

## El clavicordio

A GONÇALVES DIAS

En el ángulo sombrío  
de la estancia, silencioso,  
con lejanos retornelos de sonatas olvidadas,  
sueña, abierto, el clavicordio.

A través de los cristales  
empañados, el lluvioso  
jardín muerto se deshoja,  
esfumándose en las brumas de un crepúsculo de Otoño.

En la antigua sala flota  
el perfume melancólico  
de las rosas, que en las viejas porcelanas  
se marchitan, lentamente, de tristeza y de abandono.

Los dorados cuadros duermen,  
olvidados, bajo el polvo,  
y las sombras de los muebles, a lo largo de los muros,  
melancólicas alargan sus fantásticos contornos.

La abuelita, triste, sueña... Bajo el lino de la cofia,  
la mirada taciturna de sus ojos,  
a través de las rasgadas humidades de la lluvia,  
se diluye en el recuerdo de los parques del Otoño,  
donde elevan los cipreses, humeantes de neblinas,  
sus siluetas triangulares, bajo el cielo gris de plomo.

¡Está seria y está muda! Ya no alegra nuestros juegos,  
ni nos narra viejos cuentos de princesas y gnomos.  
Las tinieblas se insinúan a lo largo de la estancia;  
lentamente, los espejos, apagando van sus tonos;  
los retratos, carcomidos, en sus marcos de negrura,  
palidecen y se apagan, confundidos y borrosos;  
y los muebles agonizan devorados por la sombra,  
murmurando viejas cosas y crujiendo bajo el polvo.

Un reloj, lento y lejano,  
deja caer en el hondo  
silencio el agrio martillo de sus férreas campanadas,  
que retumban en los ángulos del salón desierto y ló-  
[brego!

Las tinieblas han borrado  
las ventanas... Y, de pronto,  
en el fondo de la estancia,  
a las tímidas caricias de unos dedos temblorosos,  
despertando los acordes de una música olvidada,  
en las teclas polvorientas del antiguo clavicordio!

## Términus

A BLAGIO CHIARA

En un negro silencio me he perdido.  
La noche envuelve mi camino. Nada  
en la sombra percibe la mirada,  
ni el más leve rumor llega al oído.

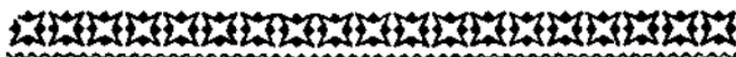
No late el corazón, ni escucho el ruido  
que en las sendas produce mi pisada...  
¡Quién sabe si, al final de la jornada,  
la propia obscuridad será el olvido!

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto  
que los que el mármol del sepulcro encierra...,  
y soy, en la aridez de este desierto,

el sueño de algún alma desterrada,  
que, cansada de andar sobre la tierra,  
regresa a los misterios de la Nada!

FIN





## INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Tu reja. . . . .	7
Primavera. . . . .	10
Invernal. . . . .	11
Amorosa. . . . .	12
Ocaso. . . . .	13
Celos. . . . .	14
La última cita. . . . .	15
Báquica. . . . .	17
Prehudio. . . . .	23
La seguidilla. . . . .	24
Nocturno de ciudad. . . . .	29
Bajo el naranjo del patio. . . . .	31
Jaramagos. . . . .	35
Sensitivas. . . . .	43
La canción de mi Musa. . . . .	49
El camino. . . . .	50
Pasionaria. . . . .	53

	PÁGS.
¡Semper!	61
Simbólica.	62
Nocturno.	63
Recóndita.	64
Primavera.	65
Lontananzas.	66
Nihil.	67
Orgullo.	70
Bohemia.	73
Soledades.	77
Tarde de Otoño.	81
Aparición.	89
Mientras caen las hojas...	90
Romeo y Julieta.	91
Póstuma.	92
El alma de la fuente.	93
Música triste.	94
Ofrenda.	97
Los Crepúsculos de Sangre.	98
Medioeval.	104
Flores de Ensueño.	107
Epitalamio.	109
Envío.	111
Paisaje de Sombra.	112
Los murciélagos.	114
Neuróticas.	118
Paisaje interior.	123
Los Cruzados de Thule.	124
Crepúsculo místico.	125
Del Mes de María.	126
¡Resurrección!	127
Silencio.	128
Parábolas.	129
Miserere.	137

	PÁGS.
Preludio interior. . . . .	143
El alto de los bohemios. . . . .	144
La sombra de las manos. . . . .	146
El jardín de los besos. . . . .	150
La bella durmiente. . . . .	152
Flor de camino. . . . .	154
Perfume antiguo. . . . .	155
Tarantela. . . . .	157
Paisaje. . . . .	160
Octubre. . . . .	161
Crepúsculo. . . . .	163
Nocturno. . . . .	165
Canción de Otoño. . . . .	167
La canción del hogar. . . . .	167
Rapsodia. . . . .	172
Renacimiento. . . . .	175
Pan. . . . .	176
Histérica. . . . .	177
Ave, Femina. . . . .	178
La sonrisa del fauno. . . . .	179
Pagana. . . . .	180
Venus de Milo. . . . .	181
Vendimia. . . . .	182
La muerte del sátiro. . . . .	183
Póstuma. . . . .	184
Anacreónica. . . . .	185
Camafeo. . . . .	186
La última elegía. . . . .	187
Ofertorio. . . . .	191
Las niñas grises. . . . .	192
Mediodía. . . . .	194
Nieve. . . . .	196
Samaritana. . . . .	198
La canción del regreso. . . . .	201

	PÁGS.
Los ciegos. . . . .	203
La abuela. . . . .	205
Egloga. . . . .	206
La fuente. . . . .	208
Otoño. . . . .	210
La hermana. . . . .	212
La cita. . . . .	215
Scherzo. . . . .	216
Flor de Otoño. . . . .	218
Mística. . . . .	220
Las violetas. . . . .	221
Oremus. . . . .	222
Teresa de Avila. . . . .	223
La hora mística. . . . .	224
Pavana. . . . .	225
La rueca. . . . .	227
El clavicordio. . . . .	229
Términus. . . . .	231



## POESIAS COMPLETAS

DE

**SALVADOR RUEDA**

Cuando se editó por primera vez este libro, dijo el poeta Curros Enríquez: «Desde la aparición de los *Gritos del Combate*; antes, tal vez: desde la aparición de las *Rimas*, de Bécquer, no registra la lírica española acontecimiento más notable que la publicación de *Trompetas de órgano*.»

Esta sección de las poesías de Rueda, figura en sus **POESIAS COMPLETAS**, amén de las que posteriormente escribió, y que dieron fama imperecedera al eximio vate malagueño.

Lleva esta obra, además del prólogo nombrado, valiosos apéndices relacionados con la coronación de Rueda. Un grueso volumen, formato 22 por 15 centímetros, de 576 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas en rústica y 9 en tela.

---

## CANTANDO POR AMBOS MUNDOS

NUEVA COLECCION DE POESIAS

DE

**SALVADOR RUEDA**

Años después de publicado el volumen de *Poesías Completas*, la copiosa producción de Rueda aumentó con una nueva obra el dilatado Catálogo de esta Casa Editorial.

En el libro **CANTANDO POR AMBOS MUNDOS**, figura de un modo íntegro la producción poética del inspirado vate, en los últimos años; pudiendo afirmarse que en estos dos tomos se encuentra todo cuanto Rueda ha creído digno de leerse y conservarse.

Este volumen, de igual formato y precio que el anterior, lleva al frente un prólogo del autor, otro del escritor chileno A. Donoso, y varios apéndices de crítica y viajes.

# PARNASO ESPAÑOL CONTEMPORANEO

ANTOLOGÍA COMPLETA DE LOS MEJORES POETAS,  
ESMERADAMENTE SELECCIONADA

POR

**JOSE BRISSA**

Críticos exigentes, dice el recopilador de esta obra, hay que niegan en redondo que estemos asistiendo en lo que llevamos de siglo, a un florecimiento de la poesía española, pero censores más respetados entonan un cántico al Renacimiento poético español.

Y como los dos bandos no se han de poner de acuerdo, el autor de esta Antología da por bueno que la poesía hispana renace, y muy lozana, quedando sólo el punto más difícil de resolver. ¿Cuántos son los poetas actuales que merezcan tal nombre?

Eso, el lector lo ha de decir. En este volumen se halla seleccionado lo que puede servir de juicio.

Antologías de poetas españoles, hay muchas; pero de poetas contemporáneos, pocas, incompletas y reunidas con estrecho criterio de ideales. La de esta colección está avalorada por la mejor acogida que de los lectores ha merecido.

Forma esta importante obra un voluminoso tomo en 4.º, de 512 páginas, impreso en papel especial y de clara lectura, con artística cubierta en colores.

Se vende en las principales librerías de París, España y América, al precio de **6 pesetas** el ejemplar, en rústica, y **9 pesetas**, encuadernado en tela.

---

## ENIGMAS, ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

RECOGIDOS, COLECCIONADOS, ARREGLADOS Y COMPUESTOS

POR

**FELIX MANZANO**

CON UN PRÓLOGO DE JOSE BRISSA

Un tomo de nutrida lectura y de gran entretenimiento, con cubierta en colores, **2 pesetas**.

---

## LA VIDA INVEROSIMIL

POR

**MANUEL UGARTE**

Obra de gran interés literario y social, impresiones de actualidad, del gran escritor argentino.

Un tomo con cubierta en tricromía, **3 pesetas**.



## OBRAS POÉTICAS

- Antología de Panamá**, por Demetrio Korsi. Un tomo, 3 pesetas.
- Cantando por ambos mundos**, de S. Rueda. Un t. 6 pesetas.
- Cantos de Vida y Esperanza**, por Rubén Darío.—Un tomo, 3 ptas.
- Colección de sonetos** (350 de los mejores autores de España y de América), por N. Díaz de Escobar.—Un tomo, 3 pesetas.
- El libro azul** (poesías), por Adalberto A. Esteva.—Un tomo, 2 ptas.
- Fuñilesas**, por J. Ferrer Esteller.—Un tomo en tela, 2 pesetas.
- Jeyillos.—Pomarrosas.—Cantos de rebeldía**, por José de Dierr. Cada tomo, 3 pesetas.
- La Casa del Pecado**, por F. Villacpesca.—Un tomo, 3 pesetas.
- La Araucana**, por Alonso de Ercilla.—2 tomos, 6 pesetas.
- Mis Mejores Poesías**, por F. Villacpesca.—Un tomo, 3 pesetas.
- Mi Patria y mi Dama**, por J. L. Cordero.—Un tomo, 3 pesetas.
- Obras Poéticas de José Espronceda**.—Con ocho láminas, 3 ptas.
- Obras Completas de D. Ramón Campoamor**.—Cuatro tomos ilustrados. Cada tomo, 3 pesetas.
- Obras de Manuel Acuña** (poesías).—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Argentino**.—Con retratos, un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Antillano**, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Boliviano**, por L. F. Blanco Meaño.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Brasileño**, por Alfonso Costa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Colombiano**.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Chileno**.—Un tomo ilustrado con 30 retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Cubano**, por Adrián del Valle.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Costarricense**, por Rafael Bolívar Coronado.—Un t. 3 ptas.
- Parnaso Dominicano**, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Ecuatoriano**, por José Brissa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Español Contemporáneo**, por José Brissa.—Un t. 6 ptas.
- Parnaso Filipino** por E. Martín de la Cámara.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Mexicano**, por A. Esteva y J. Pablo Rivas.—2 tomos, 6 ptas.
- Parnaso Nicaragüense**.—Un tomo con retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Paraguayo**, por Michel A. De Vitis.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Peruano**, por V. G. Calderón.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Portorriqueño**, por E. Torres Rivera.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Salvadoreño**, por Salvador L. Eraso.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Uruguayo**, por Antonia Artucio Ferreira.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Venezolano**, por G. Gamargo.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías Escogidas**, por Juan de Dios Peza.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Antonio Plaza**.—Un tomo ilustrado, 3 pesetas.
- Pasionarias**, por Manuel Flores.—Edición ilustrada, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Ricardo Palma**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Escogidas de Manuel Machado**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Salvador Rueda**.—Un tomo en 4.º de 576 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas.
- Poemas de Enrique Heine**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Andrés Bello**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Olegario V. Andrade**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Asunción Silva**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Joaquín Olmedo**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías completas de Santos Chocano**.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías escogidas**, por E. Carrasquilla-Mallarino.—Un tomo, 3 ptas.
- Poesías completas**, de Manuel Ugarte.—Un tomo, 4 pesetas.
- Rosas de Pasión**.—Poesías de Carlos Miranda. Un tomo, 3 pesetas.